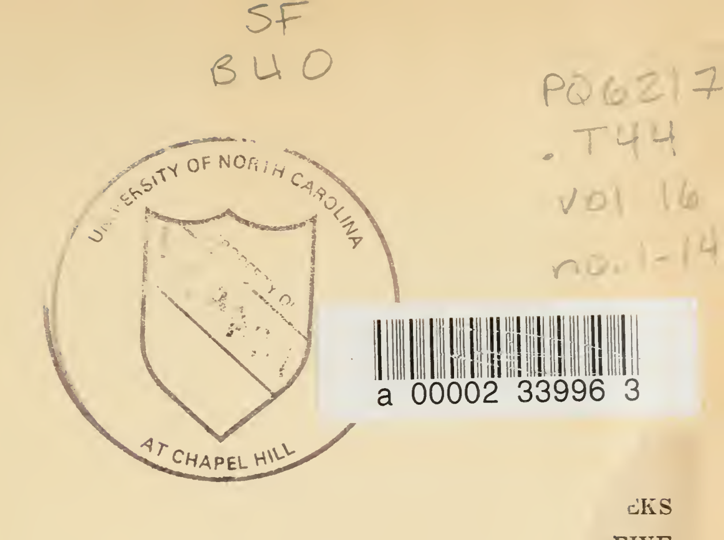


ʼKS

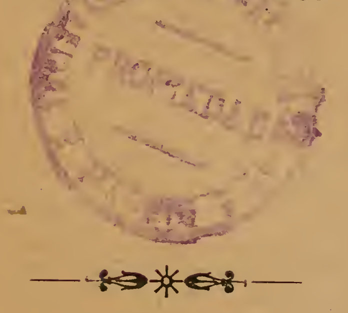
FIVE

out on

SERAFÍN y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

La casa de García

COMEDIA EN TRES ACTOS



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1906

LA CASA DE GARCÍA

LA CASA DE GARCÍA

COMEDIA EN TRES ACTOS

DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

Estrenada en el TEATRO ELDORADO de Barcelona, el 8 de Junio de 1904



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1906

REPARTO [1]

PERSONAJES		ACTORES
MARÍA...................	SRA.	GUERRERO.
DANIELA................	SRTA.	SUÁREZ.
FILITO..............		ASQUERINO.
DOÑA GOYA.............		CANCIO.
GENARA.................	SRA.	SALVADOR.
CLARITA.................	SRTA.	GARCÍA.
LUISA.....................		VILLABONA.
GARCÍA......	SR.	DÍAZ DE MENDOZA (F.)
CÉSAR......................		CODINA.
MOMO..............		DÍAZ DE MENDOZA (M.)
ALFREDO............ ...		VARGAS.
PICHARDO...............		SANTIAGO.
DON MARCOS............		DÍAZ.
UN MOZO DE CAFÉ.....		CAYUELA.

(1) Este es el reparto de la primera representación en Madrid. El estreno, verificado en Barcelona, estuvo encomendado á los excelentes artistas señoras y señoritas Pino, Catalá, Bremón, Alverá, Asquerino, Toscano y Egido. y señores Balaguer, García Ortega, Tallaví, Manrique, Mora, Lliri y Marchante, pertenecientes entonces á la compañía del Teatro de la Comedia.



ACTO PRIMERO

Gabinete de confianza, en casa de García, en Madrid. Una puerta al foro, y otra á la izquierda del actor. Chimenea encendida á la derecha, en primer término. Balcón en segundo. Muebles que fueron lujosos y elegantes. Es de noche. Luces.

ESCENA PRIMERA

PICHARDO y GENARA

(Pichardo, amigo más que íntimo de la casa, correveidile, secretario oficioso de García y de mucha gente, de curiosidad siempre despierta y viveza ratonil, está tumbado ante la chimenea en una butaca. La pereza lo invade. Sueña con la Gloria. La Gloria es una corista de Apolo.)

PICH. (Canturreando.)

Me gustan todas, me gustan todas,
me gustan todas en general...

Soy feliz. ¡Cuidado que está hermosa con el traje de girasol! .. Pero hombre, ¿por qué tendré yo tantísima suerte con las mujeres?

Me gustan todas, me gustan todas,
me gustan todas en general...

GEN. (Viene del comedor, por la puerta del foro. Es una hija de Madrid, de buen ver, y que, á juzgar por la autoridad con que reina en la casa, más que criada parece señora.) Señorito Pichardo.

PICH. ¿Qué hay? Ven acá. Tú también me gustas.

GEN. ¿Sí, eh? Pues usté á mí ni pa quitarme el hipo.

PICH. Igual empiezan todas y luego .. ¿Qué hay?

GEN. Dice don Pedro que por qué no se va usté al comedor.

PICH. Dile que porque no me da la gana.

GEN. Clarito, ¿verdá?

PICH. Y de paso dile también que tú me gustas más que la Remedios. Verás cómo se ríe.

GEN. ¡Que lo maten á usté, si pueden! (Se va por donde vino.)

PICH. (Gritándole.) ¡Con pólvora de tus ojos, retrechera! (Volviendo al canturreo.)

C'étaient deux amants
lassés des amours banales...

¿Quién viene? ¡Carambo, la suegra! ¡Si lo sé me voy al comedor!

ESCENA II

PICHARDO y DOÑA GOYA

(Es doña Goya una vieja loca, de extraña catadura y poquísimo pelo. Su flaco es la extremada susceptibilidad. Su fuerte son las pullas. Usa en casa manteleta y mitones. Viene del comedor, sollozando y suspirando con honda pena, á tomar el café allí tranquila.)

D.ª GOYA ¡Ay!... ¡ay!...

PICH. ¿Qué es eso, doña Goya?

D.ª GOYA Se lo han propuesto... y acabarán conmigo... ¡Ay!... ¡Es mucha familia!... ¡mucha familia!... No me quieren, no me han querido nunca...

PICH. (Procurando apaciguarla y consolarla.) Vamos, señora, vamos...

D.ª GOYA ¡Que me den un puntapié!... ¡que me echen al arroyo!... ¡que me recoja la trapera!... ¡Infeliz de mí!... ¡Ay!... ¿Usted quiere café, Pichardo?

PICH. Muchas gracias. Tómelo usted, que le hará buen provecho.

D.ª GOYA ¡Sí; buen provecho!... (Bebe un sorbo y se quema.) ¿Ve usted? ¿ve usted si me odian? Me lo dan echando fuego para que me abrase.

PICH. No...

D.ª GOYA ¡Sí! Y con poca azúcar, sabiendo que me gusta como lamedor...

PICH. Señora mía... (Saca del bolsillo un terrón y se lo ofrece con cariño y solicitud.) Todo tiene remedio en este mundo.

D.ª GOYA No, Pichardo, no; eso de ningún modo. Usted lo lleva para su perra.

PICH. Mi perra y yo lo cedemos con muchísimo gusto.

D.ª GOYA Gracias, entonces. Se lo reservaré al *Empecinado*.

PICH ¿El loro?

D.ª GOYA Sí. ¡Pobrecito! Nadie se acuerda de él... Como es cosa mía... ¡Me tiran al degüello, Pichardo!

PICH. ¿Y las ratas blancas, qué tal están?

D.ª GOYA Monísimas; pero muertas de hambre... ¡Si aquí parece que nos tienen á todos de limosna!...

PICH. ¿Y los conejitos de Indias?

D.ª GOYA ¡Ah! ¡Da gloria verlos!... Tan vivos, tan graciosos... ¡Angeles del Señor! Veinticuatro más tengo ya. ¡Pero no comen! ¡no comen!...

PICH. ¡Carambo! ¡pues parece que sí!

D.ª GOYA Le digo á usted que á quien se le cuente que esto me ocurre á mí viviendo con una hija mía, no lo cree. (Bébese el café de dos tragos.)

PICH. Como ella para poco en la casa...

D.ª GOYA ¡Porque no puede resistir á ninguno!... ¡Esto no es casa: esto es un rancho de gitanos! ¿Usted quién cree que tiene menos vergüenza, el padre ó los hijos? ¡Pues anda, que las sobrinitas baturras que nos han caído á última hora!... ¡Vaya dos alhajas! Ni á misa

voy con ellas. ¡Mire usted la Daniela, con un novio albañil!...

PICH. ¡Arquitecto, señora!

D.ª GOYA ¡Albañil! ¡Se lo digo en su cara á ella! ¡Albañil! ¡Tiene un novio albañil!

PICH. No se sofoque usted...

D.ª GOYA ¡Si levantara la cabeza mi hermana, la marquesa del Astro Rey!... Por supuesto, ¿qué se podía esperar?... Ese García y toda su gente siempre fueron unos sablistas, unos aventureros... ¡Ay, qué paso más torpe dió mi pobre hija al casarse con él!... ¡Bien le predicó mi marido! Dios lo tenga en su gloria. ¡Si el pobrecito levantara la cabeza!...

PICH. ¡Qué tiro se pegaba!

D.ª GOYA ¿Eh?

PICH. Usted calcule: ver á su alrededor estas cosas...

D.ª GOYA Es que si lo ha dicho usted con segunda intención, es usted un indecente.

PICH. ¡Señora!

D.ª GOYA Adulador, cochino, que viene aquí nada más que á ver lo que saca... ¡Mal caballero! ¿Se creía usted que yo estaba loca, verdad?

PICH. Por Dios, doña Goya; no lo tome usted de esa manera...

D.ª GOYA No; si á mí me tiene usted sin cuidado... A mí lo que me importa es mi gente... ¡Qué gente, amigo mío! La Daniela con el albañil; y la María, la mosquita muerta, esa que parece que nunca ha roto un plato... acuérdese usted, acuérdese usted... esa nos da un disgusto el mejor día... ¡Yo veo crecer la yerba! .. ¡La primera papilla no se digiere!... Y la madre de esas niñas se comió la olla antes de las doce. ¿Pero y mi café? ¿Quién se ha bebido mi café?

PICH. ¡Usted, señora!

D.ª GOYA ¿Yo? ¡Habrá sido usted!

PICH. Señora, no tengo esa costumbre...

D.ª GOYA Sí, sí; dime con quién andas... ¡En el nombre del padre!... ¡Dónde he venido yo á caer!... ¡Santo Dios, santo fuerte, santo inmortal!... ¡Qué amigos tienes, Benito!... ¡Ya sé yo quién se ha llevado la rata pinta!

ESCENA III

DICHOS y DANIELA; luego MARÍA

DAN. (Viene también del comedor.) ¿Se va usted á su cuarto, tía Goya?

D.ª GOYA No; me voy al Real. ¿No me ves descotada?

DAN. ¿Quiere usted que la acompañe?

D.ª GOYA Gracias, pimpollo. Más vale estar sola... (Se va por el foro, hacia la derecha, cantando.)

Tan tarantán que los higos son verdes,
tan tarantán que ya madurarán...

DAN. ¡Jesús!

PICH. Me parece de un peligro indudable tener á esta señora suelta.

DAN. ¡Pobre! Está maniática.

PICH. ¡Está como un cencerro!

DAN. Debe tenérsele por lo menos piedad, y aquí la tratan de cualquier modo.

PICH. ¡Si es inaguantable, Daniela! Y cuidado que á mí me hace reir.

DAN. A mí no. Nada de lo que veo en esta casa me hace reir.

PICH. Es según se mire...

DAN. Mi tío lo espera á usted en el comedor.

PICH. ¡Qué empeño!

DAN. Se ha puesto malo.

PICH. ¿Malo?

DAN. El estómago: lo de siempre. Le han dado la comida los hijos.

PICH. ¡Carambo! Allá voy... Verá usted, verá usted... (Al ir á marcharse por el foro, saluda á María, que sale, y se detiene para dejarla pasar.) Pase usted, María. Buenas noches.

MARÍA Buenas noches, Pichardo.

ESCENA IV

DANIELA y MARÍA

(Daniela se ha sentado. María, pensativa y triste, se sienta lejos de ella después que cambian las primeras palabras. Daniela es fuerte, impetuosa, rebelde; María suave, reconcentrada, serena. Las dos visten de alivio de luto.)

DAN. ¿Vienes llorando, hermana?

MARIA Sí. No puedo ver aquello tranquila.

DAN. Yo estoy echando fuego. ¿Sigue el espectáculo?

MARÍA Sigue. Tío Pedro ha llorado también.

DAN. Y acabarán con él entre todos. (Silencio.) ¿María?

MARÍA Qué.

DAN. ¿Vámonos de esta casa?

MARÍA Mujer, por Dios: ¿vuelves á lo de siempre? ¡Qué locura!

DAN. Locura es aceptar más tiempo por familia á esta gente.

MARÍA Fué voluntad de nuestro padre; recuérdalo.

DAN. Nuestro padre conocía sólo al tío Pedro, que es más bueno que el pan.

MARÍA Por eso, cuando se vió venir la muerte, pensó en él y en su casa para nosotras.

DAN. ¿Crees que lo habría hecho si hubiera conocido esta casa?

MARÍA No lo sé.

DAN. Yo sí. Y aseguro que no.

MARÍA Mala ó buena, siquiera tenemos aquí una familia.

DAN. No le llames familia á esta gente, ni á esta casa hogar. Llámala posada, mesón, sitio para comer y dormir; porque no es otra cosa.

MARÍA Dices bien, no es más que eso... Ni puede ser más que eso tampoco. Ya ves tía Lorenza: menos aquí... está en todas partes.

DAN. ¡Así han salido los retoños!

MARÍA Así han salido, sí. Son fieras... Unos á otros se aborrecen, se ocultan las alegrías, se venden las cosas...

DAN. No tienen más que un sentimiento común: el desprecio á su padre.

MARÍA Y el odio á César.

DAN. También. ¡Qué raro es César!

MARÍA (Intencionadamente.) En el fondo... tal vez sea igual que sus hermanos. ¿No?

DAN. No.

MARÍA ¿Verdad que no?

DAN. César podrá ser caprichoso, huraño, quizás calavera... pero tiene otro fondo moral.

MARÍA Parece de otra raza. Yo disculpo que cuando está aquí, quiera estar siempre encerrado en su cuarto, sin hablar con nadie, sin ver á nadie. César no es feliz.

DAN. En casa. Por ahí fuera bien que se divierte y que luce.

MARÍA Quién sabe si buscará el ruido para aturdirse y olvidar.

DAN. Puede. Sea como quiera, hay gran distancia de él á los otros. Todavía Alfredo... anda con Dios; aunque de puro frívolo es malo. Pero Momo es un cínico repugnante. Y con Filito la emprendería á bofetadas.

MARÍA ¡Y quieres tú que nos vayamos de aquí! ¿No te da pena del tío Pedro?

DAN. Mucha. Eso me ha detenido siempre que he intentando escaparme, contigo ó sola.

MARÍA ¿Ves tú? Pobrecillo. Ha llegado á querernos de veras. Alguna vez pienso yo que nosotras hemos venido á esta casa para hacerle llevadera la vida.

DAN. Yo quisiera ser tan buena como tú.

MARÍA Y lo eres. ¿Verdad que es un crimen muy grande dejar á ese hombre solo con su mujer y con sus hijos?

DAN. Y con su suegra; que se te ha quedado en el tintero.

(Pasa César de derecha á izquierda por el pasillo del fondo. María lo ve y lo llama.)

MARÍA ¡César! (Advirtiendo que no la ha oído.) ¡César!

ESCENA V

DICHAS y CÉSAR

CÉS. (Asomándose á la puerta del foro. Viene de gabán, con el cuello en pie, y sombrero de copa. Es hombre de buen porte, un poco adusto de fisonomía, huraño, triste, receloso, descontento de sí, y al mismo tiempo altivo, soberbio, susceptible.) Hola, primitas. Buenas noches. No os había visto

MARÍA Lo raro es que te veamos á tí.

DAN. ¿De dónde vendrás tú á estas horas?

CÉS. Oye: ¿habéis acabado de cenar?

MARÍA Sí.

CÉS. ¿Están allá todos?

MARÍA Todos.

CÉS. Me alegro de saberlo; para no ir.

MARÍA Anoche no viniste, César.

CÉS. ¿Quién te lo ha dicho?

MARÍA Al menos hasta las cinco de la mañana, que me quedé dormida, no sentí el llavín de la puerta.

DAN. Entró por el balcón, mujer.

CÉS. Tuve que hacer toda la noche en el escritorio. Se acerca fin de año y hay una de cosas por delante...

DAN. Por eso te fuiste de frac.

CÉS. ¡Vaya! La que no cojas tú, primita...

MARÍA ¿Vas á cenar ahora?

CÉS. Sí, pero no de casa: del café.

DAN. Para todo hay gustos.

CÉS. Para todo. Hasta luego.

MARÍA Hasta luego.

DAN. Adiós.

(César se retira hacia la izquierda, por el pasillo. Las dos hermanas callan.)

MARÍA A su concha, á su celda... Es extraño ese hombre.

DAN. ¿Qué tienes tú?

MARÍA Nada; tristeza, aburrimiento... ganas de llorar... Lo que tiene toda persona que sueña una vida, y vive otra.

DAN. ¿Y aún te aferras en seguir aquí?
MARÍA ¿Es incomprensible, verdad? Pues ya ves...

ESCENA VI

DICHAS y FILITO

(Sale por la puerta del foro. Viene del comedor. Su figura es angelical y su carácter endemoniado.)

FIL. ¡Jesús, qué fatiga! Empieza y no sabe acabar.
MARÍA ¿Quién?
FIL. Mi padre. La ha emprendido con el ¡ay! ¡ay! ¡ay! del dolor de estómago, y lleva diez minutos imposibles. ¡Se pone más pesado!
DAN. ¡Mujer, si le duele!
FIL. ¡No le duele! Es gana de amargarnos la cena. Si le doliera según hace visajes se moría esta noche.
DAN. Me llegaré yo á ver, porque lo que es tú tienes un alma... (Vase hacia el comedor.)

ESCENA VII

MARÍA y FILITO; luego ALFREDO, después MOMO, GENARA y un MOZO de café

FIL. ¿Subirás conmigo al segundo, María?
MARÍA No. Siento pereza.
FIL. Yo subo por no estar en casa. ¡Digo! ¡y esta noche que le toca á papá el cilindro del dolor de estómago! Además, voy á reñir con Arturete.
MARÍA ¿Con tu novio?
FIL. Sí. Se ha pelado al rape y no me gusta.
MARÍA Ya le crecerá el pelo, mujer.
FIL. Mientras le crece tengo yo tiempo de casarme con otro. ¿Tú sabes cómo está? Luego, ha dado en el chiste de encenderse en la co

ronilla los fósforos de trueno, y me pone nerviosa.

MARÍA Lo creo. Escucha: ¿este jueves daréis reunión?

FIL. Como todos.

MARÍA ¿Pues no dice tu madre que va á Toledo?

FIL. ¡Que vaya! ¡Bastante falta hace mamá! ¡Y bonita es la gente para quitarle un día! Le echarían la culpa á la alfombra, que ya se clarea con tanto baile...

(Sale Alfredo, que viene también del comedor. Es un pollo engomado y vacío. Siempre que no habla está silbando.)

ALF. Chica, ¡qué tabarra! El ¡ay! ¡ay! ¡ay! del estómago de papá me ataca los nervios. Prefiero á Wagner. No sigo allí, porque me va á sentar mal la cena.

MARÍA A él se conoce que le ha hecho daño antes que á tí.

ALF. ¡Como que se pone á comer y no acaba! Parece un chico.

FIL. Y cuidado que yo se lo previne: «Papá, no tomes macarrones.» ¡Macarrones! «Papá, no tomes mayonesa.» ¡Mayonesa! Pero se goza en quejarse después.

ALF. Yo me alegro, ¿sabes? A ver si se corrige. Y en cuanto venga mamá, se lo espeto. Por oirlos. ¡Esta mañana tuvieron una pelotera más graciosa!...

FIL. ¿Vas al teatro?

ALF. No: estoy sin una perra. Iré un rato á la Cervecería. A aburrirme.

MARÍA Vete con Filito al segundo.

ALF. ¡Lagarto! ¡lagarto! Es una reunión que da sueño.

(Sale Momo, que viene también del comedor. Es un perfecto sinvergüenza, de aspecto simpático y trato zumbón é ingenioso.)

MOMO ¡Pues señor, cuando la toma papá con el ¡ay! ¡ay! ¡ay! del estómago, y suelta toda la petenera, se echa de menos el escotillón!

ALF. ¡No me hables! Hoy está desatado.

MOMO ¡Calla, hombre! ¡Se ha fundido una bombilla por no oirlo!

FIL. El que se pone también nervioso es el gato.

ALF. Ah, sí; *Petrarca.*

FIL. Le ha querido arañar. Animalito.

(Sale Genara por la puerta de la izquierda y se va por la del foro después de detenerse un momento.)

ALF. ¿Qué tal la murga, tú?

GEN. Se ha callao un poco. Se conoce que está escogiendo pieza pa seguir.

(Los tres hermanos sueltan la carcajada.)

ALF. ¡Qué golpes tiene ésta!

MOMO (A María.) Oye, primita, ¿por qué te saliste del comedor? ¿Por lo que dije de Daniela?

MARÍA Por lo que voy á salirme de aquí. Por no oiros.

MOMO ¿Hola? ¿Está la mar picada?

FIL. ¿Verdad, prima, que en la disputa de la lotería tengo yo razón?

ALF. Como yo en la de los botines. ¿Verdad?

MARÍA No pude hacerme cargo. Chillábais todos á la vez.

FIL. Verás tú...

MOMO ¿A qué vais á renovar la cuestión?

FIL. Yo quiero que se entere. Me pidió Momo el otro día dos duros y medio para comprar un décimo de cinco. Yo no tenía suelto y le dije: Cómpralo, que mañana te los daré. Y va y lo compra, y no me vuelve á pedir nada, y le tocan cincuenta duros. ¿No me corresponden á mí veinticinco?

MARÍA En ley de Dios, sí.

MOMO ¿Quién lo niega? Es indudable que te corresponden; pero es indudable también que yo no te los doy.

FIL. ¿Ves tú? Y si no te hubiera tocado un céntimo...

MOMO Te habría reclamado los cincuenta reales. Ese era mi plan.

ALF. ¿Pues y lo mío de los botines? Se los cambio por tres cuellos del 39, que le vienen chicos; se los entrego de buena fe... y ahora no hay modo de sacarle ni los botines ni los cuellos.

MOMO Pero que no hay modo. Y tú no me vas á matar. Sería un crimen. Y un crimen por

unos botines, ni tiene misterio, ni tiene nota pasional, ni hablarían de él los periódicos... No te conviene.

FIL. ¿Tú oyes? Pues siempre hace lo mismo. No le paga á nadie.

MOMO ¡A nadie!—en buena hora lo diga. Y esto me abre mucho horizonte en mis negocios.

MARÍA Y la cabeza también te la pueden abrir.

MOMO ¡Nunca! Al que debe y piensa pagar, tal vez. Pero ese es un ser despreciable. Al que debe y no piensa pagar, jamás le ocurre nada.

ALF. ¿Sí, eh? No opinabas ayer así, cuando me propusiste el cambio.

MOMO ¡Toma! Ni opinaré mañana como esta noche. La única manera de tener razón siempre, es pensar cada cinco minutos una cosa distinta.

FIL. Y siempre lo que te convenga á tí.

MOMO Choca.

FIL. Vete á paseo. No tienes vergüenza ninguna.

MOMO Ninguna.

MARÍA ¡Pero, hombre!

MOMO Ninguna, primita. ¿Para qué? Mira: de veinte personas que trato, diez y nueve no tienen vergüenza. ¿Y voy yo á dar una nota discordante? No en mis días. Prefiero ponerme al nivel general.

(Sale por el foro el Mozo de café con un servicio, y se va hacia la izquierda. Genara, que aparece tras él, lo detiene y le hace marcharse por el mismo pasillo hacia dentro. A poco vuelve á pasar el Mozo en sentido contrario, sin el servicio ya.)

MOZO Buenas noches.

MARÍA Buenas noches.

GEN. Pero ¿á dónde va usté? ¿No le he dicho que todo seguido?

MOZO Ah, ya... Ustedes perdonen, señoritos.

GEN. Por *áhi*, por *áhi*..

MOZO Sí, sí; ya sé...

MOMO ¿Hola, hola? Parece que nuestro misterioso hermano don César, Blas el ermitaño como quien dice, va á ponerse como el chiquillo del esquilador.

ALF. Se trata bien el hombre. ¿De dónde saldrán esas misas?

MOMO ¡Y que tú no lo sabes! ¡Ni yo!

FIL. Ni yo, aunque soy una niña inocente.

MARÍA ¿De dónde? De su sueldo en la casa de banca, ¿no?

MOMO Primita, tú eres una azucena, y yo no debo manchar tu virginal blancura... ¿Qué sabes tú de ciertas damas elegantes y caprichosas... con palacios y trenes lujosos... espléndidos... magníficos?...

MARÍA No te entiendo, Momo.

MOMO Ni falta.

ALF. Esta tarde se ha hablado de todo eso en la Cervecería.

GAR. (Dentro, quejándose angustiosamente.) ¡Ay!... ¡ay!... ¡ay!...

MOMO ¡Adiós! ¡Sigue la serenata!

ALF. ¡Sálvese el que pueda! (Vase corriendo por la puerta de la izquierda.)

FIL. ¡Huyamos! (A María.) ¿Tú no subes por fin?

MARÍA No.

FIL. Pues yo voy por mi abrigo. (Vase tras Alfredo.)

GAR. ¡Ay!... ¡ay!... ¡ay!...

MOMO Ya viene. ¡En seguida me pesca á mí! Dios te dé paciencia, muchacha. Oye, y no estés seria conmigo.

MARÍA No estoy seria, no.

MOMO Ni te enfades porque me guste más Daniela. Mi afecto hacia tí es puramente fraternal... El que le profeso á Daniela, sin dejar de serlo, lleva en sí una veta que no le va bien á la fraternidad. Adiós, feucha. (Vase también por la puerta de la izquierda.)

MARÍA Adiós.

ESCENA VIII

MARIA, GARCÍA y PICHARDO

GAR. (Saliendo por la puerta del foro, apoyado en Pichardo.) ¡Ay!... ¡ay!... ¡ay!... Indudablemente yo voy á dar un estallido.

MARÍA ¿Pero no está usted mejor, tío Pedro?

GAR. Hola, sobrina. Sí, hija mía, sí. No me hagas caso.

MARÍA Como se queja usted...

GAR. (Con amargura.) Es un recurso. Empecé á quejarme en el comedor para que se fueran mis hijos.

MARÍA El recurso no puede ser más triste.

GAR. Pues ninguno me da mejor resultado. Creí que estaban aquí; por eso empecé á gimotear cuando venía.

MARÍA Apenas lo sintieron á usted salieron huyendo.

GAR. ¿Ves tú? Si no falla. ¡Ay, Señor, Señor; como no haya más vida que esta... me he lucido! Pero sí, sí habrá otra; para mi desquite.

MARÍA Dios nos manda creerlo.

GAR. Pues te aseguro que si hay otra vida, lo que es yo en la otra vida no me caso.

MARÍA ¡Jesús, tío Pedro! ¡Qué salida!

PICH. Ganas de hablar, le advierto á usted...

GAR. ¿Cómo ganas de hablar? ¡Claro! Tú me juzgas por tí. Como tienes una mujer que es un encanto, y un chico que se mira en tus ojos, volverías á casarte cien veces.

PICH. (Al oído de su amigo, con inflexión cómica.) ¡No lo creas!...

GAR. ¡Granuja!

MARÍA ¿No ha tenido usted más que un hijo, Pichardo?

PICH. Uno nada más. Mi señora ha tenido tres, pero no son míos: son de su primer matrimonio.

MARÍA ¡Ah! ¿De manera que es viuda?

GAR. Era, era viuda. Este, aún, aún...

PICH. ¿Qué quiere decir aún, aún?... ¡Esa benevolencia es ofensiva!

GAR. ¡Ja, ja, ja! Me encantas, tocayo. ¡Dichoso tú, que puedes hablar del matrimonio sin renegar de él!

MARÍA Pero tío, ¿todo el mundo ha de maldecirlo porque le haya salido á usted la criada respondona?

GAR. ¿La criada? ¡Si no fuera más que la criada, estaría yo en el cielo! Pero mi mujer, mi suegra, mis hijos... ¡todos me han salido respondones! ¿Qué falta habré yo cometido

para purgarla así? A mí no me acusa la conciencia. Yo soy buen padre, buen cristiano... Dice Dios: «Crece.» Y he crecido. «Multiplícate.» Y me he multiplicado. Lo que no dice Dios es qué hace uno cuando le sale mal la multiplicación.

MARÍA. Le ayuda á usted á vivir el humor que tiene.

GAR. También me va faltando ya.

MARÍA. ¡Ca! Genio y figura...

GAR. ¡Ah! La figura, precisamente, es lo que me ha perdido: porque fué la que cautivó á mi mujer. ¡Maldita sea mi estampa! ¿Para cuándo son las jorobas, señor?

MARÍA. Tía Lorenza dicen que era preciosa.

PICH. ¡Preciosa! Certifico.

GAR. Lo fué; no cabe duda Yo estoy en que me la han cambiado una noche mientras dormía.

MARÍA. Vaya, vaya; veo que se fué el dolor de estómago.

GAR. En cuanto se fué la familia.

MARÍA. Pues hasta mañana, tío Pedro.

GAR. Adiós, hasta mañana.

MARÍA. ¿Y Daniela?

GAR. En el comedor se quedó cociéndome un brebaje.

MARÍA. Buenas noches, Pichardo.

PICH. A los pies de usted. (Vase María por la puerta de la izquierda.)

ESCENA IX

GARCÍA y PICHARDO. FILITO, ALFREDO, MOMO y LUISA, que pasan

(Este señor García, como se ve, es un desdichado. Hombre de excesiva bondad y escaso carácter. Está todo «hacia abajo»: el bigote, los pocos pelos que le quedan, la mirada, los brazos... Todo. Tiene cincuenta años y representa muchos más. Viste muy decentemente. En casa usa batín.)

GAR. ¡Pobrecillas! Son dos santas conmigo.

PICH. Dos santas; es verdad. Ahí viene tu hija.

GAR. (Rompiendo á quejarse con amargura.) ¡Ay!... ¡ay!... ¡ay!...

FIL. (Saliendo por donde se fué, con un abrigo al brazo.) ¿Qué es eso? ¿No te alivias?

GAR. ¡Ay!... ¡ay!... ¡ay!...

FIL. Yo me voy un rato al segundo. A las doce que suban por mí. (Se va por el foro, hacia la derecha.)

GAR. ¡Ay!... ¡ay!... ¡ay!... Tenga usted hijos para esto.

PICH. Calla, chico. Indigna el espectáculo. Se llega á dudar viniendo con frecuencia á tu casa, de lo más sagrado, de aquello que debe haber de más puro en nuestro corazón... de... de... ¿Te parece que nos vayamos á ver á esas?

GAR. (Mirándolo como á un iluminado.) ¿Dónde las tienes?

PICH. (Bajando instintivamente la voz.) En Apolo: en un anteproscenio.

GAR. (Vacilante.) Tocayo: eres un peligroso Mefistófeles...

PICH. (Riéndose.) No; yo no...

GAR. Oye, ¿y quién te ha regalado ese palco? Porque no te concibo en la taquilla comprándolo tú.

PICH. Haces bien. Me lo ha regalado Picavea. Se le ha muerto la suegra de repente, y no puede ir.

GAR. ¿La suegra? ¿Aquella señora que no se cortaba las uñas para que no cayeran rayos en la casa?

PICH. Justo: que apostábais tú y él cuál de las dos estaba más loca; si tu suegra ó la suya.

GAR. ¡Y ganaba siempre la mía!

PICH. Naturalmente.

(Oyese silbar á Alfredo, que se acerca.)

PICH. Alfredo.

GAR. (Volviendo á los quejidos lastimeros.) ¡Ay!... ¡ay!... ¡ay!...

(Sale Alfredo por la izquierda, de gabán y hongo, y se va por donde Filito, silba que silba y sin detenerse un momento.)

PICH. Adiós; buenas noches.

GAR. ¡Ay!... ¡ay!... ¡ay!...
PICH. Calla, que ya se ha ido.
GAR. ¡Ay!... ¡ay!... ¡ay!...
PICH. ¡Que ya se ha ido!
GAR. Pero viene ahí el otro. ¡Ay!... ¡ay!.. ¡ay!...
(En efecto, sale Momo detrás de Alfredo y se larga también. Va de capa y chistera.)
MOMO ¡Aliviarse, don Pedro!
PICH. Gracias.
GAR. ¡Ay!... ¡ay!... ¡ay!... Me adoran; ya lo ves.
PICH. Chico, la indignación me ofusca, me ciega, me...
GAR. Doblemos la hoja.
PICH. ¿Sabes que la Lolilla va con la falda de barros que tú le regalaste?
GAR. ¿Sí, eh?
PICH. ¡Brindada! No dirás que no. Esa mujer te quiere.
GAR. (Esquivando la tentación.) Mira, Mefistófeles de tres al cuarto, vete ya á tu palco de Apolo y déjame en paz.
PICH. Pero, tocayo...
GAR. Márchate, márchate; no estoy para fiestas. No es sólo que me duele el estómago—porque me duele, aunque me queje más de lo justo;—es que tengo sobre mí una tristeza que no me deja respirar... Además, ese palco es donativo de un hombre que ahora mismo está velando á su suegra... La juerguecita nos iba á resultar macabra... Vete tú, vete tú...
PICH. Haré lo que quieras...
GAR. Sí, vete, vete. Y mira que estas aventurillas baratas, son lo único apetitoso que me queda en la vida... lo único que me divierte y me aleja de mí... ¡Ay!... ¡Salidillas al ideal que todos tenemos!... ¡Quién le había de decir á la Lola que alguna vez iba á encarnar el ideal de este pobre hombre!
PICH. Vaya, chico; estás hecho un sauce llorón. Te dejo. (Cambiando de tono y de actitud.) ¿En dónde nos veremos mañana?
GAR. (Lo mismo.) En Bolsa. Espéreme usted á las tres.

PICH. Corriente.

GAR. ¿Le escribió usted á González Fresneda?

PICH. ¿Pues no recuerda usted que le leí la carta?

GAR. Es verdad. Mañana quiero que vaya usted á Fomento. Apúntelo por si á mí se me olvida.

PICH. ¿Se le ofrece á usted algo más?

GAR. Nada. Hasta mañana.

PICH. Hasta mañana. (Volviéndose, ya en la misma puerta del foro.) Oye, chico, ¿si supieras que cada vez me joroba más esta maña tuya de que nos hablemos de usted al tratar los negocios?

GAR. Ah, pues es muy sana, y no pienso abolirla. Y menos con un secretario tan sinvergüenza como tú. ¡A la calle!

PICH. Está bien, hombre, está bien. (Refiriéndose á Luisa, que sale por el foro y se va por la izquierda.) ¡Qué bonito tipo tiene esta chica!

GAR. Anda, hombre, anda. No sabes irte nunca.

PICH. ¡Je! Adiós. (Vase riendo.)

GAR. ¡Diablo de secretario!... La verdad es que burla burlando me alegra la vida. Más bien que mi secretario es mi escudero.

Llevan, porque se presuma
cuál de los dos vale más,
castor con cinta el de atrás
y el de adelante con pluma.

PICH. (Volviendo á escape, con un periódico en la mano, que le da á García.) Toma: ahí tienes distracción. Lo echaban cuando yo salía. Adiós.

GAR. Adiós y gracias, hombre.

PICH. (Desde la puerta, como antes.) Oye: ¿quieres ver si debuta mañana la *Bella Lunares?* ¡Por más que tiempo tengo de mirarlo! Adiós.

GAR. Adiós.

ESCENA X

GARCÍA y DANIELA

(García ojea el periódico. A poco llega Daniela del comedor con una taza de manzanilla, que le ofrece.)

DAN. A ver si con esto se alivia usted.

GAR. Dios te lo pague, Daniela de mi alma. ¿Qué es, manzanilla?

DAN. Manzanilla.

GAR. Aunque fuera rejalgar me sabría á jarabe. Siéntate. ¿Tienes algo que hacer?

DAN. Darle á usted compañía.

GAR. Que me place—respondió el del Verde Gabán.

DAN. ¿Y mi hermana?

GAR. A su cuarto se retiró hace un ratillo. Es tan metida en sí, tan amiga de estar siempre sola... Por cierto que si tu pobre padre te viera cuidándome y acompañándome como lo haces, diría que le usurpabas á ella su puesto y condición.

DAN. ¿Por qué?

GAR. Como tu genio es más resuelto, más arrebatado y fogoso que el de María, tu padre pensaba de vosotras—recuerdo que me lo dijo la última vez que habló conmigo en Zaragoza, paseando por Zocodover — ¡ay, que esto es de Toledo!—paseando por el Coso;— tu padre pensaba, que si hubiérais vivido cuando la guerra de los franceses, María se hubiera dedicado á cuidar heridos y á rezar por los muertos, y tú te habrías puesto á tirar trabucazos en la muralla. ¿Eh? Que no está mal; que pinta al vivo vuestros dos caracteres.

DAN. Es cosa que decía papá con mucha frecuencia. En todo y para todo sacaba ejemplo de los sitios.

GAR. Es verdad. Aquella tarde llevaba un perro

y le llamaba Palafox. ¡Qué aragonés era más simpático! Pero bah, bah, bah... No hay por qué entristecerte.

DAN. Recordando á mi padre, ¿por qué no?

GAR. Con todo. ¿Quieres un sorbito de manzanilla?

DAN. No; gracias. Bébasela usted.

GAR. (Tose que tose, atragantado.) ¡Diantre!

DAN. ¿Qué es eso?

GAR. Nada, hija: se fué por mal camino. (Tose un poco más.) Ya pasó.

DAN. Vaya.

GAR. Celebro que la casualidad nos haya dejado solos naturalmente, porque hace días que quiero que hablemos, y no se ha presentado ocasión.

DAN. ¿Que hablemos? ¿De qué?

GAR. De un asuntillo bastante espinoso... que á mí me preocupa.

DAN. Ya.

GAR. No; y no vale arrugar el ceño, ni apretar los dientes, ni dar pataditas en el suelo.

DAN. De buena tierra soy yo para que me lleven la contraria.

GAR. Mira, mira, no es eso: si lo vas á tomar en baturro, no sigo. «¡Chufla! ¡chufla! ¡Como no te apartes tú!...» Por ahí no vamos á ninguna parte. Oyeme en calma, Danielita: ¿estás decidida á seguir en tus amores con ese mozo?

DAN. ¿Por qué no, tío? ¿Hay alguna razón que lo estorbe?

GAR. En la vida, hija mía, es imposible tirar y rajar por donde se le pone á uno entre ceja y ceja... Las diferencias de clase en los matrimonios son siempre funestísimas.

DAN. Bueno, ¿y qué? (Bromeando.) Eso vendría que ni de molde, si yo fuese una princesa encantada; si yo tuviese la sangre azul...

GAR. El color de la sangre no importa. Azul ó colorada, á los seis años de matrimonio ambos cónyuges la tienen frita, y el color es el mismo. Pero bromas á un lado, vamos á lo que importa. ¿Me negarás, nenita, que tu

novio es hijo de una lavandera del Manzanares?

DAN. ¿Qué he de negarlo yo, si él lo tiene á orgullo?

GAR. (Desconcertado.) ¿Lo tiene á orgullo?

DAN. Es natural.

GAR. No, sí; en eso sí le asiste la razón al muchacho... No ser nadie, querer hacerse un hombre, moverse en otro medio, trabajar... estudiar... Sí; en todo eso hay motivo de orgullo... ¿Cómo he de negar yo una cosa tan clara?

DAN. ¿Entonces?...

GAR. ¿Entonces qué?

DAN. ¡Ay, tío! Me da el corazón que no es usted quien habla conmigo; sino mi tía Lorenza.

GAR. ¿Cómo? ¿Supones?... No, hija, no; mi debilidad no llega á tanto... Cierto que tu tía pierde los estribos hablando del particular. «Que si la blusa y la levita; que si el advenedizo; que si el obrero...» Como ella tiene su puntillo de aristocracia...

DAN. (Indignada.) ¡Lo que pretende mi tía es que yo me case con Momo! Pero dígale usted, ya que es usted su embajador, que se fije primero en la diferencia que va del uno al otro. A mi novio lo quiero, y Momo me repugna: mi novio me quiere, y Momo me codicia. Y por lo que toca al linaje, dígale usted que mi novio no es un obrero, aunque lo haya sido; y que suponiendo que aún lo fuese, mejor le doy mi mano á un obrero que sepa levantar una casa, que á un señorito vicioso que ayude á destruir la que tiene.

GAR. ¡Cáspita, si te explicas! ¡A cualquier hora le digo yo á doña Lorenza todo eso!... Pero dejémonos de desplantes: discutamos con serenidad. ¿Tú estás segura de que ese muchacho te quiere?

DAN. Me quiere: con toda su alma.

GAR. Bien, eso pudiera ser... El, naturalmente... Pero en fin, yo no digo... Claro está que el cariño solo no basta... ¿Es bueno ese hombre?... ¿es honrado?...

DAN. Creo en él como en mí.
GAR. ¡Anda con Dios!
DAN. Es honrado; es bueno.
GAR. ¿Quién te lo ha dicho?
DAN. La Virgen del Pilar.
GAR. ¡Pues cualquiera le enmienda la plana! ¿Y tú lo quieres de verdad? ¿No será un capricho?..
DAN. Eso pregúnteselo usted á él.
GAR. Entonces, niña, entonces...
DAN. ¿Volvemos al entonces? ¿Entonces qué?
GAR. (Rindiéndose.) Nada; que tienes más razón que una santa; que es verdad lo que presumías; que estas son cosas de mi mujer; que yo pienso lo mismo que tú y que la Virgen del Pilar; que te casas cuando te dé la gana; que te escapas con tu novio si se te antoja; que yo te abro la puerta; que seréis muy felices; que el muchacho será un gran arquitecto... y que puede que yo le encargue una casa con un juego de habitaciones especial para no ver más á ninguno de mi familia.
DAN. ¡Ja, ja, ja! ¿Ni á César tampoco, tío Pedro?...
GAR. ¡Ah! ¡César!... Si no fuera por él le pegaba fuego á la casa con mi gente dentro. Me arrollan, me arrollan entre todos... El día menos pensado cometo un crimen, porque me convencen, me empujan, me arrastran á él...
DAN. Calle usted, que se acerca tía Goya.
GAR. ¡Vaya por Dios! Tan á gusto como estábamos los dos solitos.

ESCENA XI

DICHOS y DOÑA GOYA

D.ª GOYA (Por la puerta del foro, con una palmatoria encendida.) Oye, Pedro.
GAR. ¿Qué quiere usted, señora mía?
D.ª GOYA Tu mujer acaba de mandar recado. No vie-

ne esta noche. Se queda velando á la de González, que está si las lía.

GAR. ¡Bien, hombre, bien! Cuando pitos flautas, cuanda flautas pitos...

D.ª GOYA No; si debes criticarla; si es una maldad velar á un enfermo... (Encamínase hacia la puerta de la izquierda.)

GAR. Pero ¿cuándo va á morirse alguien que no sea amigo de mi mujer? (A doña Goya, gritándole.) ¿Adónde va usted con esa vela?

D.ª GOYA ¿A ti qué te importa? ¡El demonio del viejo, que en todo ha de meter su cucharada! (Vase.)

DAN. Irá á ver á sus pájaros.

GAR. Acompáñala tú, mujer, no queme algo por ahí. ¡Esta manía de que la luz eléctrica es cosa del demonio!... ¡Ay, qué castigo!

DAN. Voy con ella. Buenas noches, tío Pedro.

GAR. Adiós, hija mía. Hasta mañana.

(Vase Daniela detrás de doña Goya)

ESCENA XII

GARCÍA y GENARA

GAR. Está bien, señor. (Se acerca á la chimenea y de pie junto á ella se dispone á leer el periódico.) Vamos á ver qué pasa por el mundo. O qué dicen que pasa. ¿Dónde he echado los ojos? (Saca del bolsillo unos lentes y se los pone para leer. Genara sale á poco por el foro.)

GEN. Señor.

GAR ¿Eh? ¿Quién? Ah. ¿Qué hay?

GEN. Por teléfono preguntan si ha salido usté de casa esta noche.

GAR. Por teléfono, ¿verdad? Probablemente habré salido. ¿Quién lo pregunta, sabe usted?

GEN. El señor Guinea; desde el Círculo.

GAR. ¿Ah, sí? Contéstele usted, no que he salido, sino que estoy fuera.

GEN. ¿Que está usté fuera?

GAR. Sí. Y que no vuelvo hasta que él se haya muerto.

GEN. Ya, vamos. Descuide usté, que llevará lo suyo.

GAR. Allá usted.

GEN. (Al ir á marcharse, deteniéndose.) Pero esta es mucha luz para leer. Con la de la chimenea tiene usté de sobra. (Apaga la lámpara central y se va por donde salió.)

GAR. Gracias. Es verdad. Me conmueve el rasgo económico. (Mientras pasa la vista por el diario.) ¡Caray con Guinea!... Para un asuntillo que sale que valga dos cuartos, á cuánto majadero hay que aguantar. (Lee.)

ESCENA XIII

GARCÍA y CÉSAR. Al final DOÑA GOYA

CÉS. (Aparece en la puerta del foro en traje de casa, y se detiene contemplando á su padre. Su expresión es sombría.) Allí está... Solo; siempre solo... ¿Tendré valor para confesarle lo que he hecho?... Si él no me salva, no me salva nadie. (Da unos pasos por el gabinete.)

GAR. ¿Quién anda ahí? ¿César?

CÉS. Sí: yo soy.

GAR. ¡Chico! ¡dichosos los ojos! ¡No hay quien te eche la vista encima!

CÉS. Psche...

GAR. ¿Qué novedad es esta? ¡Tú en casa una noche! ¡Milagro! ¡milagro!

CÉS. No, no es milagro. Ya sabes tú que tengo rachas...

GAR. Es cierto, sí; pero llevabas una—la más larga de todas—en que para verte eran precisos memoriales... Por eso me sorprendo ahora.

CÉS. Todo se acaba; todo llega á aburrir...

GAR. ¿Qué me cuentas?

CÉS. Sí, papá. Me cansa ya la vida estúpida que vengo haciendo.

GAR. ¿Qué me cuentas?

CÉS. Lo que oyes.

GAR. Fuí el primero en pronosticarte ese hastío.

CÉS. Ya lo sé.

GAR. Hay muchas cosas en la vida que parecen de oro, y es porque les da el sol. Se va el sol... y se acabó el encanto.

CÉS. Por eso son tan peligrosas.

GAR. Bien te dije que te metías en un mundo de ficción, de tramoya, en el que no podrías vivir tú mucho tiempo, tal como eres. Y te lo dije, porque no quería perderte á tí también. Al fin y al cabo—tú lo sabes—tengo en tí mis cinco sentidos. Eres el único en esta casa que me respeta, que me quiere...

CÉS. Eso sí.

GAR. Todos me debéis igual consideración, y sin embargo, sólo tú pareces mi hijo. Tú eres, además, el único en quien puedo mirarme con orgullo; el único á quien no le falta la naturaleza moral que yo quise que tuviérais todos. ¿No he de disculpar tus locuras, tus devaneos, hijos no más que de la sangre moza?... Pero ¿qué tienes? ¿Qué te ocurre?

CÉS. No me hables así.

GAR. ¿Por qué?

CÉS. Porque me haces daño.

GAR. ¿Te duele que reconozca en tí buenas cualidades?

CÉS. Si las tuviera, no.

GAR. ¿Y dudas que las tienes?

CÉS. Lo niego. Las tenía.

GAR. ¿Eh?

CÉS. Ahora soy el peor de todos.

GAR. ¿Qué estás diciendo, César?

CÉS. El propio Momo, que es un vividor desvergonzado, puede arrojarme de esta casa.

GAR. Vamos, tú deliras: tú no estás bueno de la cabeza.

CÉS. Porque estoy bueno de ella digo lo que digo.

GAR. Mira, César, no sé qué advierto de siniestro en tus medias palabras. Sácame de esta incertidumbre. ¿Qué te pasa? ¿Has hecho alguna tontería?... ¿Esa mujer?...

CÉS. No.

GAR. ¿Algún mal negocio?... ¿Alguna falta?... Dí.

CÉS. Me avergüenzo... Mi ánimo se resiste...

GAR. ¿En el escritorio no será? Tu jefe, ayer, se hizo conmigo lenguas de tí.

CÉS. Muy pronto cambiará de opinión.

GAR. ¿Qué?

CÉS. Sí. Muy pronto.

GAR. César, mírame: mírame, que no quiero creerte, que me asustas... Estás desencajado, febril... Las manos te arden...

CÉS. ¡Me arden!... ¡me arden!... ¿Por qué no me ardieron la primera vez que las puse en lo que no era mío?

GAR. ¡César!... ¡César!...

CÉS. Ya ves lo que es tu César... Escúpeme.

GAR. ¡Jesús!... (Atribulado; lloroso.) Pero si no puedo creerlo... César, hijo mío, por la salvación de tu alma, cuéntamelo todo... quiero saberlo todo... Eso no puede ser. Tú me engañas

CÉS. No... no te engaño, no. ¡Ojalá!

GAR. Pues dime.

CÉS. Aguarda.

D.ª GOYA (Pasando lentamente con su vela de la izquierda al foro, por cuya puerta se va, sin quitar ojo al padre y al hijo.) Junta de rabadanes... oveja muerta.

GAR. (Apenas desaparece la vieja.) Habla.

CÉS. Escucha.

(García espera con avidez las palabras de César, fijo en su cara, como si quisiese leerle en ella lo que ha de decir. César, con angustiosa mímica, expresa que no sabe cómo empezar.—Cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Comedor en casa de García. Una puerta al foro y otra á la izquierda del actor. Chimenea encendida, á la derecha. Mesa en el centro de la escena, con tapete. Aparador á la derecha de la puerta del foro. En primer término, á la derecha, sofá. Ante la chimenea, butacas. En torno de la mesa, sillas. Cuadros. Colgada sobre la mesa, una lámpara. Pendiente de ella, timbre eléctrico. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

MOMO, DANIELA y GENARA

(Momo, tumbado en el sofá en traje de casa, fuma y lee un libro. Dentro, hacia la derecha, en la sala, algo lejos, óyese á una muchacha cantar una guajira al piano. Cuando termina, estalla un aplauso, que no se sabe si es de admiración ó de cortesía.)

MOMO (Burlándose.) ¡Oh! ¡encantadora! ¡admirable!... Y parece un grillo la niña. Bien me ha cogido el carro este jueves. (Sale Daniela por la puerta del foro, y se detiene un instante mirando hacia la sala. Luego, segura de que nadie la sigue ni la ve, corre hacia la puerta de la izquierda y se va sin fijarse en Momo. Este, que al sentir pasos ha hecho un movimiento para incorporarse y huir, al ver que es su prima, se está quieto.) ¿Hola? ¿Una escapadita al balcón?... ¡Inocente paloma! Pues que se ande con cuidado el noble hijo del pueblo,

porque, como yo pueda, le doy una broma de salón. De esas que se agradecen toda la vida. (Lee. Sale Genara por la puerta de la izquierda, mirando para dentro. Momo, al reparar en ella, le dice sonriéndose:) Se figura que no la ve nadie.

GEN. (Sorprendida.) ¿Eh? Hola, Momo. ¿Qué te parece la mocita?

MOMO De la buena cepa.

GEN. Pa mi que esta se te escapa de entre las manos.

MOMO Menos lo sentirás tú que yo, ¿no es verdad?

GEN. Calla, granuja.

MOMO ¿Viene alguien?

GEN. Sí.

MOMO Pues, señor, no quiero enfermar del corazón. Me largo á mi alcoba, aunque me hiele. (Vase huyendo por la puerta de la izquierda.)

GEN. ¡Y que voy yo á dejar que tú la toques al pelo de la ropa! ¡Sería un pueblo! (Se pone á hacer que hace algo para ver quién llega.)

ESCENA II

PICHARDO y DON MARCOS

(Salen por la puerta del foro. Don Marcos trae cogido del brazo á Pichardo, y no lo suelta ni á tres tirones. Viene contándole el argumento de un drama suyo.)

D. MAR. ...Hay una escena fuerte entre el padre y los hijos, y así acaba el acto primero. ¿Qué tal?

PICH. ¿Me permite usted que beba un poco de agua?

D. MAR. (Sin soltarlo.) Acto segundo. La misma decoración del acto primero.

PICH. ¿Me permite usted que beba un poco de agua?

D. MAR. Sí, señor: yo también beberé. ¿Sabe usted que se me secan las fauces?

PICH. ¡Lo creo! (Beben los dos. Pichardo amenaza con el puño al otro, mientras bebe. Genara se va por la puerta del foro hacia la izquierda.)

D. MAR. Acto segundo.
PICH. Vamos á la sala.
D. MAR. Aquí estamos bien.
PICH. Sí, pero sería una desatención. Sobre que aquello está animadísimo.
D. MAR. Cuéntemelo usted á mí. Yo no vengo á esta casa, ni voy á ninguna, más que á observar tipos y costumbres...
PICH. ¿Ah, sí?
D. MAR. Es la misión del autor dramático. (Cogiéndolo por el brazo otra vez, y tirando de él para la sala.) Volvamos á lo nuestro. Acto segundo. (Pichardo sopla sofocado.) ¿Cómo dirá usted que empiezo yo el acto segundo? Verá usted, verá usted si hay malicia, si hay ojo... Verá usted, verá usted... (Se van por la puerta del foro, hacia la derecha Queda la escena sola unos momentos. Después, sale García por la misma puerta, pero viene del otro lado de la casa. Viste de levita. Pasea abstraído.)

ESCENA III

GARCÍA, luego PICHARDO

GAR. Sí, sí... Hablaré con sus hermanos... Es lo mejor... No tengo fe ninguna, pero... Por mí, que no quede. ¿Y quién sabe, quién sabe?... ¿Han de ser tan malos? (Silencio. Continúa paseándose. Pichardo asoma por la puerta del foro. Viendo que su amigo gesticula y monologuea, quédase en la puerta observándolo. Allá en la sala suena un vals tocado al piano: la reunión baila que se las pela.) Sí, sí... Después, cuando se vaya toda esa gente... ¿Qué pierdo yo con proponérselo?
PICH. ¡Tate! ¡tate!
GAR. (Sobrecogido) ¿Qué? Ah, ¿eres tú?
PICH. Niégamelo ahora.
GAR. ¿Qué?
PICH. Niégame que te pasa algo: niégame que estás hablando solo.
GAR. (Contemplándolo con burla.) ¡Pero mira que eres curioso, Perico!

PICH. ¿Curioso yo?

GAR. Hasta la locura. Ayer les decía yo á mis sobrinas, refiriéndome á tí, que el peor día de tu vida será el de tu entierro.

PICH. ¡Naturalmente!

GAR. No; pero no porque te hayas muerto.

PICH. Entonces, ¿por qué?

GAR. Porque no podrás ver quién va en los coches.

PICH. ¡Hombre! ¡hombre! ¡El chistecito!...

GAR. (Procurando disimular.) Lo que tengo, tocayo— y te lo digo para que no te inquietes,— es que no puedo soportar en calma estas reuniones semanales: este nuevo martirio que ha ideado mi mujer. Me he refugiado aquí huyendo de ese charlatán de don Marcos, que escribe un drama por semana y me cuenta á mí el jueves el argumento.

PICH. ¿A tí nada más? ¡A todo el que pasa por su lado! Oye, ¿y en dónde está Lorenza, que no la he visto?

GAR. Se marchó el martes en peregrinación á Toledo.

PICH. Pues ¿cómo no me he enterado yo?

GAR. Porque se te van las mejores. Habrá ido á pedir por la paz de la familia, y si mientras vuela la casa, al menos no le coge dentro.

ESCENA IV

DICHOS, FILITO y CLARITA

(Salen por la puerta del foro y vienen en busca de Pichardo.)

FIL. ¿Ves? Aquí está. ¿No te dije?

CLAR. Pero Pichardo, por Dios: ¿qué hace usted aquí como un tonto?

FIL. ¡Lo que se ha perdido usted!

PICH. (Desconsolado.) ¿Qué? ¿qué?

CLAR. ¡Lo que se ha perdido!

PICH. ¿Qué?

FIL. Ese chico, Fernando Olona, es un artista.

CLAR. A mí me atrae.

FIL. Y á mí. ¡Ha imitado el vapor del estanque de una manera!... ¡Oh!

CLAR. Hasta echaba humo. ¿Usted no lo ha visto nunca, don Pedro?

GAR. No; pero he visto el vapor del estanque; y si tanto se le parece...

CLAR. No tiene usted idea. Una maravilla. Yo me llevaba á casa á ese hombre, para verle hacer cosas.

PICH. ¿Y á mí no, Clarita? Yo también echo humo cuando se tercia.

(Risas.)

FIL. Este Pichardo á todo le pone mostaza. ¿Vámonos para allá?

PICH. Sí, sí, vámonos.

FIL. Ahora va á adivinar el pensamiento. ¡Figúrese usted!

CLAR. Eso á mí me da miedo. Porque como el pensamiento no tiene valla...

PICH. Vamos, vamos allá. El brazo, Filito. Clarita, el brazo (A García.) ¿Tú? ¿qué tal? ¿Voy solo?

FIL. ¡Qué suerte tiene!...

CLAR La suerte es la nuestra, llevando á este galán prendido...

PICH. ¡Atiza! ¡Como ese pollo me adivine á mí el pensamiento... me echan de la tertulia!

(Risas generales. Se van por la puerta del foro, hacia la derecha, animadamente. Filito vuelve en seguida, y se encara con su padre sofocadísima.)

FIL. ¡Papá!

GAR. Hija.

FIL. ¿Tú crees que esto está bien? Me habéis dejado sola con Alfredo. María, se escabulle; Daniela, se escabulle; tú, no te asomas por allí... Es una grosería. Para esto, sería muchísimo mejor no recibir á nadie.

GAR. ¡Ay, sí, sería muchísimo mejor!

FIL. Anda, anda, anda y anda. ¡Estos jueves van á acabar conmigo! (Se va tras de los otros.)

ESCENA V

GARCÍA y DON MARCOS. Al final PICHARDO

GAR. ¡Señor, señor!... Para mí son jueves los siete días de la semana. ¡Ay!... Trabajo me está costando sostener la careta.

(Sigue paseando abstraído.—Sale don Marcos por la puerta del foro, con el argumento de la semana entre ceja y ceja, se va derecho al aparador, y se empina un vaso de agua. Al ir á marcharse, repara en García y cae sobre él como un aerolito.)

D. MAR. ¡Pero, hombre! ¿pero qué hace usted aquí?

GAR. ¡Hola!

D. MAR. ¿Qué hace usted aquí?

GAR. Nada... Me dió un mareíllo... La bulla, la gente...

D. MAR. ¿Estorbo? ¿Molesto?

GAR. Calle usted... Usted está en su casa, y en su casa usted no molesta nunca.

D. MAR. Gracias, querido. (Pegando la hebra) Pues... antes... cuando nos separó aquella señorita... ¿Quiere usted un cigarro?

GAR. Venga.

(Pasean y fuman. García aguanta resignado la nube)

D. MAR. Quedamos—¿lo recuerda usted?...

GAR. Sí; ¿habla usted de su obra, no?

D. MAR. ¡Claro!

GAR. Quedamos en la escena... Cuando el hijo va y le dice al padre que... y el padre va y le dice al hijo...

D. MAR. Aguarde usted un poco. No la enredemos. Ahí quedé con otro señor, que parece interesarse mucho. El señor Pichardo. A usted lo dejé en otra cosa. Ya recuerdo.

GAR. ¿Vámonos á la sala?

D. MAR. (Sin hacerle caso.) Verá usted qué problema más hondo.

GAR. ¿Nos iremos á la sala?

D. MAR. Pasa aquella escenita de los dos rivales, ¿comprende usted?... «Que tú, que yo, que

infame, que tal»... Frase cortada, efecto; el teatro es efecto... y el efecto es *taquilla*. Y en seguida encajo un pasaje cómico para no cansar.

GAR. ¡Mucho!

D. MAR ¿Eh? ¿Hay autor? ¿Hay vista?

GAR. ¡Hay! (Mitad suspiro, mitad afirmación.)

D. MAR. Pues verá usted qué recurso más ingenioso y más infalible. Como el duque anda tan abatido, tan triste, pensando nada más que en lo suyo, ¡zas! llega un señor de estos pesados, de estos que no se hacen cargo de las circunstancias, y la emprende á contarle al buen hombre una cosa larguísima, que no le importa nada absolutamente. ¿Qué le parece á usted?

GAR. ¡Muy humano!

D. MAR. ¿Verdad? ¡Eso pasa todos los días!

GAR. ¡Y todas las noches!

D. MAR. Pues hay majadero que me lo discute; que me dice que el duque no aguanta...

GAR. ¡Sí, hombre, sí lo aguanta! ¿Qué va á hacer el pobre señor?

D. MAR. Usted ve largo: usted va lejos. Final del acto: ¡zas! llega el padre; ¡zas! llega la madre; ¡zas! llega el hijo: se reunen los tres. ¿Se hace usted cargo de la escena?

GAR. Sí, señor: ¡zas! llega el padre; ¡zas! llega la madre... Completamente.

D. MAR. Bueno, pues agárrese usted. Bomba. El chico declara, confiesa. Lo que ha hecho para sostener aquel boato, aquel lujo, la vida aquella, es robar.

GAR. (Turbado momentáneamente.) ¿Qué?

D. MAR. Sacar dinero, descubriendo el resorte, de la caja de hierro de la herencia. (Observando la turbación de García.) ¡Qué efecto le ha hecho á usted, amigo! ¡Hasta ha perdido usted color! ¿Es bonito, verdad? ¿Impresiona, verdad?

GAR. Sí, sí, señor; no cabe duda. Impresiona...

D. MAR. (Metido en harina.) Telón rápido: entreacto cortísimo: acto tercero.

GAR. ¿Por qué no nos vamos á la sala?

D. MAR. Vamos donde usted quiera. Allí también podemos hablar.

GAR. Vamos, sí; no adviertan mi falta... (Encamínanse hacia la puerta del foro.)

D. MAR. Acto tercero. La misma decoración del segundo. El despacho del duque, ¿eh?

GAR. Sí.

D. MAR Con las dos puertas laterales, ¿eh?

GAR. Sí, sí.

D. MAR. La mesa, las panoplias... el escudo en el fondo...

GAR. Sí, hombre, sí. La misma: ya estoy.

PICH. (Saliendo.) Perico, Perico, que te esperan allá.

GAR. Para allá vamos.

D. MAR. ¿Y quién cree usted que aparece en escena? ¿El padre? ¿La madre?

GAR. Es difícil... No sé...

D. MAR. ¡El señor pesado! Elemento cómico. Para ganarme al público, ¿entiende usted? ¿Hay chispa? ¿Hay ojo? ¿Hay picardía? ¿Hay madera? ¿Hay *hombre de teatro?* ¿Se mover los muñecos?...—Con permiso de usted voy á beber otro poquillo.

GAR. ¡Sí! (Mientras bebe, se le escapa cautelosamente García. Pichardo celebra el lance.)

D. MAR. (Acaba de beber, y le echa mano á Pichardo sin verlo, como si fuera el otro.) ¡Bah! Acto tercero. Escena primera.

PICH. ¿Eh?

D. MAR. Atardece, y á la conclusión del acto es ya de noche.

PICH. ¿Cómo que atardece?

D. MAR. (Sorprendidísimo.) ¡Ah, que es usted! ¿Y el señor García?

PICH. En el pasillo lo aguarda á usted, lleno de impaciencia.

D. MAR. Voy, voy; no se pique. Está interesadísimo. Esta noche no duerme. Ya seguiré luego con usted. (Vase hacia la sala hablando solo, y dispuesto á no soltar á García hasta el fin de la obra. De la suya, naturalmente.) Atardece, ya digo...

PICH. ¡Carambo con el dramaturgo! ¡Qué nube! Por salvar yo á Perico, por poco se me cuelga á mí.

ESCENA VI

PICHARDO, DANIELA y GENARA

(Sale Daniela por la puerta de la izquierda, enjugándose el llanto. Pichardo la detiene.)

DAN. Esto es hecho.
PICH. ¿Danielita?
DAN. ¡Ah!
PICH. No se asuste usted, que soy yo.
DAN. No, si no me asusto. ¿Queda ahí gente?
PICH. Alguna; pero pronto se irá. ¿Qué le sucede á usted, Danielita?
DAN. Nada.
PICH. Me parece que está usted inquieta.
DAN. ¿Por qué?
PICH. Qué sé yo. Ese semblante... esos ojos... ¿Pue do hacer algo por usted?
DAN. Sí.
PICH. Usted dirá.
DAN. Dejarme sola.
PICH. Ah, vamos. ¡Je! Ya se ve que es usted de Aragón. (A Genara, que sale por la puerta del foro á tiempo que él se va, le indica por señas que Daniela quiere estar sola. Genara no lo entiende.)
GEN. ¿Cómo?
PICH. (En tono misterioso.) Que quiere estar sola.
GEN. Lo que no quiere es estar mal acompañada.
PICH. ¡Carambo! ¡carambo! Ya se ve que es usted de Madrid. (Vase rabiando de curiosidad.)
GEN. (Conteniendo á Daniela, que va á hablar.) Espere usté un poco. (Asómase á la puerta del foro, temerosa de que Pichardo ande por allí.) Se fué. (Hablan en voz baja, precipitadamente y con recelo de ser sorprendidas.)
DAN. ¿Viene usted de la calle?
GEN. Sí.
DAN. ¿Lo ha visto usted?
GEN. Sí.
DAN. ¿Está bien enterado?
GEN. ¡Anda!

DAN. ¿A las tres, verdad?

GEN. A las tres en punto. Me ha dicho que aunque caigan rayos.

DAN. No lo permita Dios.

GEN. La llave de la puerta de abajo, está en el cajoncillo del perchero.

DAN. Ya, ya lo sé. Separémonos.

GEN. Señorita, muchísima suerte. Y de gracias, un carro. Aunque bien sabe Dios que no me ha guiao ningún interés.

DAN. Gracias yo á usted, Genara.

GEN. Hasta que Dios quiera.

DAN. Hasta pronto.

(Vase Genara por la puerta del foro. A poco sale Momo por la de la izquierda.)

ESCENA VII

DANIELA y MOMO

MOMO ¿Danielilla?

DAN. (Volviéndose sorprendida.) ¿Quién? ¡Momo! (Con sorna.) ¿Pero no has salido de casa, ó saliste y has vuelto ya?

MOMO No: no he salido. Llevo malucho un par de días. Y hace mucho frío por ahí... ¿Verdad?

DAN. No sé.

MOMO ¿No sabes?

DAN. En casa se está bien.

MOMO Basta que tú lo digas. Pero mi cuarto no es ninguna estufa.

(Encamínase Daniela á la puerta del foro.)

MOMO (Estorbándole el paso.) ¿A dónde vas?

DAN. A la sala: déjame.

MOMO ¿Qué vas á hacer allí?

DAN. Me echarán de menos.

MOMO Yo también, si te vas.

DAN. Contigo tengo confianza. Déjame.

MOMO No.

DAN. Bueno. Paciencia.

MOMO ¿Necesitas mucha para permanecer á mi lado?

DAN. Alguna; y ya me queda poca.
MOMO ¿Te trato mal?
DAN. Me dices cosas que no me agradan.
MOMO ¡Extraña mujer! La enoja que la llame bonita, que es todo mi pecado.
DAN. Como no lo soy...
MOMO Eres más que bonita: eres preciosa.
DAN. Mejor para mi novio.
MOMO Y peor para mí: ya lo sé. (Contemplándola con codiciosa admiración.) ¡Qué ojazos!... ¡qué boca!... ¡qué busto!... ¡qué cintura!... De mejor gana que lo digo...
DAN. No te acerques, Momo.
MOMO ¿Estoy apestado, primita?
DAN. Lo están tus intenciones.
MOMO Te engañas.
DAN. (Tratando de irse otra vez. Momo se lo impide.) Déjame salir.
MOMO No quiero.
DAN. ¡Es mucho suplicio! Me marcharé á mi cuarto.
MOMO Y yo detrás.
DAN. Hasta la puerta, no lo dudo.
MOMO Me gustas por lo entera, por lo bravía.
DAN. Y tú á mí por lo...
MOMO Dilo. Por lo... ¿qué? Dilo.
DAN. Por lo...
MOMO ¿Por lo golfo?
DAN. Cabal.
MOMO No eres tú la primera mujer á quien le gusto por lo golfo.
DAN. A mí ni por eso, ni por nada. Fué gana de hablar.
MOMO También por la franqueza me gustas. Si tú y yo acabaremos por querernos mucho. ¿A qué te empeñas en alejar lo que ha de venir?
DAN. Ya ya.
MOMO No me desprecies; no me hieras. Ello está escrito, y como te resistas, conseguirás que un día se me encienda el humor, y baje á la calle, y le busque la cara á tu novio.
DAN. Se me olvidó: sólo me gustas por valiente. Lástima que algunas veces, como ahora, te

encierres en casa, porque en la calle te acecha un hombre que te quiere pegar.

MOMO ¿A mí?

DAN. A tí. El... Fulano... el que sea: el querido de una de esas mujeres con quien tratas, y á las que pretendes igualarme.

MOMO ¿Pero quién ha inventado?... ¿Ves si eres injusta conmigo? Pues cuanto más injusta eres, más te quiero, más te deseo, más me seduces, más me arrastras...

DAN. No te acerques, Momo.

MOMO No me atraigas tú.

DAN. Mira que huyo; que doy voces.

MOMO Comprendo el ser esclavo... el placer de los latigazos en la espalda... Ven acá. (Intentando cogerla.)

DAN. ¡Estate quieto!

MOMO ¡Pero qué tonta eres!... ¡Ven acá!

DAN. ¡Que grito, Momo!

MOMO (Asiéndola al fin por una mano.) Grita. Acudirá la gente. Perderás tú; yo no.

DAN. ¡Suéltame!

MOMO ¡Si al fin ha de ser! (La abraza.)

DAN. ¡Canalla! ¡Suéltame! (Lo despide violentamente.)

MOMO ¿Sabes que tienes buenos puños?

ESCENA VIII

DICHOS y MARÍA

MARÍA (Por la puerta del foro.) ¿Eh? ¿Qué es esto? ¿Qué es esto, Momo?

MOMO Nada. Tu hermanita, que por las señas siente lo trágico.

DAN. Y que no sabe tratar con rufianes.

MARÍA Momo...

MOMO Primita...

MARÍA Por ser ella quien es, y por estar en la casa de tus padres, debieras respetarla.

MOMO Pero oye, ¿de cuando acá son los abrazos faltas de respeto, y menos entre dos primos que se quieren bien?

MARÍA (Va á contestarle con indignación y violencia, y se reprime.) Vete. Déjanos.

MOMO ¿Qué ibas á decirme?

MARÍA No sé. Te quería insultar; pero en mi lenguaje no hay palabras para insultarte á tí. Vete, vete.

MOMO Ah, ¿tú también te pones por las nubes? Vaya, hay lances sin fortuna. Desde hoy os trataré con exquisita cortesía. Empezaré esta noche. (Haciéndoles una reverencia.) Señoritas... á los pies de ustedes. (Vase por la puerta del foro, hacia la izquierda, cantando.)

ESCENA IX

DANIELA y MARÍA

DAN. Tú harás lo que quieras, pero mi resolución está formada.

MARÍA ¿Y cuál es?

DAN. La de irme de aquí; la de escaparme, para que nadie me detenga.

MARÍA No lo harás.

DAN. Lo haré. Todo me arroja de esta casa; pero el asedio de Momo bastaría. ¿Me seguirás tú?

MARÍA ¿Y adónde vas?

DAN. A donde sea; á no estar aquí. ¿Me seguirás?

MARÍA No.

DAN. ¿Por qué?

MARÍA No sé explicártelo.

DAN. Pues contigo ó sin tí, yo me voy.

MARÍA Yo me quedo.

DAN. Pronto irás á buscarme.

MARÍA Tal vez.

DAN. Estoy segura.

MARÍA Calla, que alguien viene.

DAN. Pues adiós.

MARÍA Si es tío Pedro.

DAN. Quien sea. No quiero ver á nadie. (Se va por la puerta de la izquierda.)

ESCENA X

MARÍA, GARCÍA y FILITO; luego MOMO

MARÍA (Viendo irse á Daniela.) Al fin y al cabo tú tienes un cariño, una esperanza; pero yo... César... César...

GAR. (Por la puerta del foro.) ¡Loado sea Dios! ¡Ya se fueron! ¡Qué noche más larga!

FIL. (Por la puerta del foro también.) Papá, Alfredo dice que está muerto de sueño, y que se acuesta, y que se acuesta, y que se acuesta.

GAR. Pero, señor, estos hijos míos.. ¿No sabe que os tengo que hablar?... Cosa que yo les pida... ¡Es mucha desgracia! (Vase.)

MOMO (Por la puerta de la izquierda.) Chica, ¿qué tripa se le ha roto á don Pedro?

FIL. Qué se yo: le tiemblo cuando se pone misterioso.

MOMO A mí me encargó antes con el mayor sigilo que viniese aquí cuando todos se fueran... ¿Y el gran don César no asistirá al conciliábulo?

FIL. Como sea para sacar tajada...

GAR. (Volviendo.) ¿Momo? Ah, que estás aquí. Ahora vendrá Alfredo. (A María.) Hijita, tú has de dispensarme; pero ya que por casualidad los pillo en casa á todos, quiero charlar á mis solas con esta gente.

MARÍA Sí, tío, sí. Mañana hablaremos usted y yo.

GAR. ¿Nosotros?

MARÍA Sí.

GAR. ¿De qué?

MARÍA De una cosa.

GAR. Bien está. Hasta mañana.

MARÍA Hasta mañana. Adiós, Filito.

FIL. Adiós.

MARÍA Buenas noches, Momo. (Se va por la puerta de la izquierda. Momo le hace una extremada cortesía, sin palabras.)

ESCENA XI

GARCÍA, FILITO, MOMO y ALFREDO

MOMO ¿Por lo visto tenemos sesión secreta?
GAR. Secreta y grave.
FIL. ¡Nos hemos caído!
ALF (Por la puerta del foro, bostezando.) Papá, como te descuelgues con una tontería vas á oirme.
FIL. Oye, tú; no bosteces así, que contagias.
GAR. Sentaos si queréis. (Cierra las dos puertas. Los hijos se colocan con la mayor comodidad posible.)
ALF. ¿Pero va á ser esto muy largo?
GAR. Hay para un rato, Alfredo de mi vida.
MOMO ¿Telegrafiamos á mamá?
GAR. Déjate de burlas ahora. (Contrariado y triste.) Yo os aseguro que, si hubiese podido resolver por mí mismo el asunto de que quiero hablaros, nada os diría, ya que tanto os molesta. Cuando os llamo aquí, es porque no tengo más remedio. Perdonadme.
ALF. ¿A que vas á salir con una simpleza?
GAR. Siendo tu padre, no sería extraño que saliese.
MOMO Eso está bien. Chóquela usted, don Pedro.
GAR. Seriedad. Os pido seriedad y atención.
ALF (Luchando en vano con el sueño.) Pero á César, ¿por qué razón se le deja dormir?
GAR. César á estas horas no duerme. César está bajo el peso de una enorme desgracia, de la cual vamos nosotros á tratar aquí.
MOMO ¿Hola? ¿Anda don César en el ajo?
FIL ¡Espantárame yo! Pues desde ahora te advierto que si hay que pagarle alguna trampa, yo de lo mío no doy ni una perra.
GAR. Silencio, Filito.
MOMO Empiezo á escamarme *asaz.*
GAR. (Triste y solemnemente.) Vuestro hermano César ha cometido una gran locura.
MOMO Rumores.
GAR. Locura que no puede hallar disculpa ni en

sus pocos años, ni en sus arrebatos de joven, ni en nada. Yo soy su padre, y no lo absuelvo. Pero hay que salvarlo.

FIL. Pues ¿qué gansada ha hecho?

GAR. Es algo muy grave, con cuyo descubrimiento padecería la honra de vuestro hermano, que es al mismo tiempo la vuestra y la mía. Oidme, que ya veis que el caso no puede ser más serio, ni de más doloroso interés. (Alfredo ronca.)

FIL. Y si no, que se lo pregunten á ese.

GAR. (Sublevándose.) ¡Alfredo!

ALF. Papá.

GAR. ¿Tan grande es tu cansancio que no puedes atenderme cinco minutos? ¡Levántate y sacude el sueño!

ALF. A ver si acabas.

GAR. (Con amargura.) Si casi no he debido empezar. César, por necesidades de la vida en que sabéis que anda, por no sufrir humillaciones ante la mujer de quien en mal hora se enamoró, por deudas del juego, por cien causas distintas, ha venido durante varios meses disponiendo de algunas cantidades de la caja confiada á él.

MOMO ¡Bueno!

ALF. ¡Arrea manco!

FIL. ¡Qué bruto!

GAR. Callad. Esas cantidades no ha podido restituirlas á la caja; ascienden á una suma considerable, y ahora, con motivo del recuento y balance de fin de año, se ha de notar la falta si no se remedia, y César estará perdido. Fijaos bien: perdido. Este es el caso. Meditad sobre él. Entre todos, con voluntad y con cariño, no dudo que podremos acudir á su reparación, salvando así á César de la deshonra, que, si bien lo miráis, es salvar nuestro crédito, nuestra casa: porque á mí, ¿qué me quedará para sostenerla si pierdo mi buen nombre?

MOMO Pues, señor, vivir para ver. Declaro que mi escama ha podido sugerírmelo todo, menos eso. Conozco hombres imbéciles en el mun-

do, pero como mi señor hermano don César no he visto otro.

ALF. ¿Verdad que no?

FIL. ¡Qué barbaridad, qué barbaridad, y qué barbaridad!

MOMO De modo que haciendo del corrido y del calavera, entra en relaciones con una señora casada—relaciones autorizadas por el marido; hasta aquí vamos bien;—con una señora que vive á lo grande porque puede, que da reuniones y escándalos todos los martes, y que tiene más caprichos que joyas; y mi caballeroso hermano, no sólo no se aprovecha de la viña—como hubiera hecho yo—sino que se pierde y se busca la ruina por causa de ella. ¡Qué listo es! ¡Qué listo!

ALF. ¡Mira que hace falta discurrir con las botas!

FIL. Merecía que le dejáramos ir á presidio.

GAR. Pero, por Dios, por Dios... ¿Vosotros suponéis que César hubiera podido aceptar?...

MOMO ¿Cómo si lo suponemos? ¡Es lo que cree todo Madrid!

ALF. Anoche se habló de eso en la Cervecería.

MOMO Señor, las señas son mortales: una dama muy rica y un galán sin dos cuartos, y que viste, y que luce, y que juega, y que se abona á los teatros, y que va al tiro de pichón, y que veranea.. ¡A ver qué va á pensar la gente!

ALF. Tiene este razón.

GAR. La gente puede pensar lo que se le antoje, pero vosotros estáis obligados á pensar de otro modo. Conocéis bien á César...

MOMO (Burlándose.) ¡Oooooh!

GAR. Conocéis su orgullo, su intransigencia altiva en ciertas cuestiones...

MOMO ¡Oooooh!

ALF. ¡Oooooh!

GAR. Pero ¿qué significa esto? ¿Es que tomáis á broma el conflicto? Si no por él, consideradlo en serio por mí. ¿No veis mi tortura?... Yo he sido el primero en acusar á César; en condenarlo; pero esto no quita para que piense que lo tenemos que salvar.

FIL. No sé cómo. ¡Ni que estuviéramos nosotros nadando en la abundancia!

MOMO (A Alfredo.) ¡Adiós, Urquijo!

GAR. Disponéis de lo suficiente...

MOMO A ver: explícate.

GAR. ¿Hay más que vender vuestra casa?

LOS TRES (Como si los pinchasen.) ¿Quéeee?

FIL. ¿Vender nuestra casa?

GAR. Sí, hija mía: la honra de todos, ¿no vale quizás ese sacrificio? Comprendedlo. Os lo propongo yo: yo, que fuí quien á costa de mil trabajos consiguió verla edificada para vosotros cinco.

ALF ¿Cómo cinco?

GAR. Cinco: los cuatro que vivís... y la pobrecita que murió.

ALF. Ah, es verdad.

MOMO ¡Qué animal es este!

GAR. Aunque yo os la dí, nada mando en ella: sólo por acuerdo de vosotros puede venderse. Yo os pido que lo hagáis, y espero que lo haréis sin pensarlo, por natural impulso de vuestro corazón.

(Silencio largo. Unos á otros se miran consultándose. Alfredo se rasca la cabeza.)

FIL. ¿Tú qué dices, Momo?

MOMO Lo que piensas tú: ¡que es una triste gracia!

ALF. Pero así como suena.

MOMO El juego de don César está más claro que la luz: se da vida de príncipe, gasta y triunfa, seguro de que tiene las espaldas cubiertas con nuestra casita. Son habas contadas.

GAR. ¡Momo, por Dios!

MOMO ¡Papá, por la Virgen!

FIL. Tú podrás dorarla, pero lo que lleva la píldora dentro es lo que ha dicho Momo.

ALF ¿Si creerá ese que aquí nos chupamos el dedo?

MOMO Convengamos en que es de un desahogo encantador. Y luego hay que verlo: entra en la casa perdonándonos á todos la vida: huye de nosotros, miserables gusanos, gentecilla desprovista de sentido moral...

GAR. (Suplicante.) No es eso... olvidemos ahora...

ALF. Sí, sí, olvidemos: todavía me acuerdo yo de lo que discutió mis seis mil reales, cuando caí soldado. ¡A la fuerza quería verme con el chopo!

MOMO Porque tú eres un ser inferior.

FIL. ¿Y yo, también lo soy? Pues ahora bien que ha tenido barro á mano, y no ha sido para comprarle á su hermana ni un par de guantes.

GAR. Estoy horrorizado de oiros: sois crueles, sois malos...

MOMO ¡El ángel de Dios es el otro!

FIL. ¡Aquí, ya se sabe: en diciendo César...!

ALF. ¡Siendo cosa de César...!

MOMO ¡Don César tiene bula!...

GAR. ¡Basta ya!

MOMO ¿Eh?

GAR. ¡Basta ya! Esto se acabó. Momo, vete á tu alcoba.

MOMO Ya lo creo que me voy. Después de todo... la cosa no vale la pena de trasnochar. Salud. (Vase por la puerta de la izquierda.)

GAR. Adiós. Filito, Alfredo, retiraos vosotros también.

FIL. (A Alfredo.) ¡Mira que la pretensión de papá!...

ALF. Chica, yo tengo un sueño que no veo. Me han partido con variarme las horas de oficina.

FIL. Compadéceme á mí, que todavía antes de acostarme tengo que hacer examen de conciencia.

ALF. Hasta mañana, papá.

GAR. Hasta mañana, Alfredo.

FIL. Papá, buenas noches.

GAR. Buenas noches, hija. A dormir tranquilos... si podéis. (Alfredo y Filito se van por la puerta del foro, cada uno hacia un lado.)

ESCENA XII

GARCÍA y MARÍA

GAR. (Después de una pausa, con amargura.) ¡Y dicen que esta casa es cristiana, porque mi mujer ha pegado una estampita de Jesús detrás de la puerta!

MARÍA (Saliendo por la puerta de la izquierda.) ¿Tío Pedro?

GAR. María. ¿Estabas ahí?

MARÍA (Tímidamente.) Confieso mi delito: ahí estaba. Pero he llegado ahora.

GAR. Ya.

MARÍA Oí gran tremolina desde mi cuarto, y aunque eso aquí no puede chocar, como las mujeres somos tan curiosas, me acerqué...

GAR. Pero ¿te has enterado?...

MARÍA De nada; no... Al llegar lo he visto á usted ya solo. ¿Qué ha sido?

GAR. Lo de siempre, hija de mi alma; que quiero sembrar en mi casa un poco de cariño, y cada vez encuentro la tierra más seca y más dura. Vente aquí.

MARÍA (Obedeciéndolo y sentándose cariñosamente al lado suyo.) De muy buena gana. Haré yo lo que no hacen nunca los otros: acompañarlo, quererlo, vivir con usted... ¿Qué importa que esos coman y duerman bajo el mismo techo, si viven á miles de leguas de distancia?

GAR. A miles de leguas, dices bien.

MARÍA ¡Qué triste es estar tan lejos de quien se está tan cerca!

GAR. No te cases nunca, María.

MARÍA No se alarme usted. Es difícil. Soy tan pava, tan sosa... Además, no soy rica. Luego, hay muchachas que hablan mirando, que con los ojos dicen lo que les interesa... Yo no sé; no puedo... No sé más que callar.

GAR. ¿Callar? Pero ¿es que estás enamorada?

MARÍA No...

GAR. ¡Sí!

MARÍA Lo afirma usted de una manera...

GAR. Hija mía, lo niegas tú de un modo...

MARÍA Diciendo que no...

GAR. Ay, ay, ay... Te voy á encerrar en una habitación y te voy á poner á pan y agua.

MARÍA Dejemos eso, tío.

GAR. ¿Quién es él? ¿quién es él? Ahora soy yo el curioso.

MARÍA Quien usted quiera. Puesto á ello, elíjamelo usted á su gusto.

GAR. Bien está. Debo respetar tu reserva. Y dime, dime: ¿de qué me querías hablar? (María calla.) ¿No me advertiste que tenías que hablarme de una cosa?

MARÍA Sí.

GAR. Vamos á ver: ¿qué es ello?

MARÍA ¿Usted sabe qué le ocurre á César?

GAR. ¿A César? ¿A mi hijo?

MARÍA Sí.

GAR. Pero ¿le ocurre algo? No sé... ¿Por qué me lo preguntas?

MARÍA Verá usted. Ayer tarde pasaba yo por su cuarto á tiempo que de él salia un mozo de café. La curiosidad me hizo mirar instintivamente hacia dentro, y pude ver á César. Estaba en una actitud que me dió miedo.

GAR. ¿Sí?

MARÍA Miedo y lástima. Sentado ante su mesa, ¿sabe usted? con la cabeza entre las manos, pálido... y los ojos muy fijos... Al pasar yo, me parece que me vió y que dijo: María. Pero no estoy segura de ello. Escuché unos momentos á ver si me llamaba otra vez y no me llamó. ¿Qué le ocurre, tío Pedro? Usted lo sabe.

GAR. No, no... De verdad te digo que nada sé. No te alarmes... no agrandes las cosas con tu imaginación. Cada hombre es un mundo... Vaya usted á saber si algún devaneo... alguna aventura de muchacho...

MARÍA Ya.

GAR. César se ha metido en una vida que no es para él.

MARÍA ¿Y por qué no sacarlo de ella? (García hace un gesto.) ¿Tan atado está?

GAR. Puede que no esté atado más que por un cabello; pero si es de mujer...

MARÍA (Súbitamente.) ¿De mujer?

GAR. Sí.

MARÍA ¿Quiere á alguna?

GAR. La quiso. Y aún creo yo que la quiere.

MARÍA ¿Por qué?

GAR. Porque cuando se llega á la pasión, querer es una cuesta abajo, y olvidar es una cuesta arriba.

MARÍA Según eso, ¿él trata de olvidarla?

GAR. Sí.

MARÍA Sin duda por que ella no merece...

GAR. No merece, no...

MARÍA ¿Y quién es ella?

GAR. Una de tantas. Me repugna hablar contigo de esto. Es una historia que vale más que ignores. Pertenece á lo que llaman crónica escandalosa. La víctima ha sido mi hijo César.

MARÍA (Emocionada.) Bueno, sí... tiene usted razón. Calle usted. (Se levanta.)

GAR. ¿Te vas ya?

MARÍA Sí; es tarde. Debe usted recogerse, descansar... Yo también. Es muy tarde, muy tarde... Hasta mañana, tío Pedro.

GAR. (Oyéndola y mirándola sorprendido.) Adiós, mujer. (María va hacia la puerta de la izquierda. Al llegar á ella, García, que no ha dejado de contemplarla, la llama. Ella contesta sin volver la cabeza.) María.

MARÍA ¿Qué?

GAR. Mírame. (María permanece quieta.) Mírame.

MARÍA ¿Para qué?

GAR. (Acercándosele.) ¿Qué tienes? ¿Por qué lloras?

MARÍA No lloro.

GAR. (Comprendiendo de pronto.) ¿Acaso tú...?

MARÍA Sí.

GAR. ¿Es él?

MARÍA El. (Se va, llorando silenciosamente.)

ESCENA XIII

GARCÍA y LUISA

GAR. (Atónito, confuso.) ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Y en qué momentos!... ¡en qué momentos!...

LUISA (Por la puerta del foro.) Señor.

GAR. Pero ¿cómo no he advertido hasta ahora...?

LUISA Señor.

GAR. ¿Qué quieres?

LUISA Que son ya las tantas de la noche. Usté dirá si puedo acostarme.

GAR. Ah, sí: ¡ya lo creo! ¡Es verdad; que te dije que te esperaras! Acuéstate, sí. No; si vamos á perder todos la cabeza. ¡Jesús, Jesús, Jesús!... (Vase por la puerta del foro, haciéndose cruces.)

LUISA A este pobre señor me lo vuelven loco. Si no llego á asomarme, estoy de plantón hasta la madrugada. (Apaga la luz del comedor y vase por el foro, dejando la puerta cerrada. El escaso fuego de la chimenea brilla en la oscuridad. Queda la escena sola unos momentos.)

ESCENA XIV

DOÑA GOYA

(Sale sigilosamente por la puerta del foro, con su palmatoria encendida. Habla en voz baja y llena de misterio.)

D.ª GOYA Creí que no se iban nunca... ¿Qué habrán traído?... ¿Qué tramarán entre todos contra esta pobre vieja?... Ladrones... criminales... A ver qué ha quedado esta noche... (Deja la luz, abre el aparador y hurta de él codiciosamente y se echa en la falda recogida lo que va nombrando.) ¡Ah!... ¡gran festín! ¡Queso! ¡queso! ¡tenemos queso!... Pobrecitas ratas... Estas galletas... y estas uvas... Nada más, nada más... no lo noten... (Cierra el aparador, coge su luz, y se va tan

sigilosamente como vino) ¿Qué os creíais, pillos? ¿que nos íbais á matar de hambre?... (Queda otra vez la escena sola durante unos momentos.)

ESCENA XV

DANIELA y CÉSAR

(Por la puerta de la izquierda sale Daniela, que huye, caminando cautelosamente hacia la del foro. Viste gabán negro y toquilla negra también á la cabeza.)

DAN. Es mejor que no me despida de ella... Me retendría, como siempre... ¡No! ¡no! Ya vendrá conmigo... ¡Maldita casa!... (Aparece César en la puerta del foro. Daniela, temerosa de ser sorprendida, ahoga un grito y se echa hacia atrás. César viene sombrío, silencioso, abstraído. Se detiene en la misma puerta un instante. Después, orientado por el resplandor de la chimenea, avanza hasta ella despacio. Déjase al fin caer con gran abatimiento en el sofá. Llora. Daniela lo observa inmóvil.)

CÉS. Huir, huir... No hay otro remedio que huir. (Daniela, con los ojos llenos de espanto y fijos en César, gana al fin la puerta y escapa. Cae el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Despacho en casa de García. Una puerta á la derecha del actor y otra á la izquierda. Chimenea á la derecha. Al foro, dos balcones. Entre ellos, la mesa. Sillería de cuero. Una butaca. Teléfono. Es á la caída de la tarde.

ESCENA PRIMERA

GARCÍA y DOÑA GOYA; después PICHARDO

(García, sentado á la mesa, revuelve papeles y trabaja. A poco sale doña Goya por la puerta de la derecha, buscando un almirez que hay sobre la chimenea.)

D.ª GOYA ¿En dónde me lo habrán escondido?... Envidiosos... tunantes...

GAR. ¿Eh? ¡Ah!

D.ª GOYA ¿Le parece á usted si es picardía el sitio en que han ido á ponerlo? Siempre habrá sido la señorita del pan pringado. (A García.) O puede que hayas sido tú; tú, que me estás oyendo, y haces como que no me oyes.

GAR. Señora, ¿quiere usted dejarme en paz?

D.ª GOYA Lo que tú pensarías: quito de en medio el almirez, viene la primavera, no puede tocarlo... y un día de tormenta se le mueren todos los gusanos de seda.

GAR. (Dejando sus papeles.) ¡Bueno! Usted dirá cuándo puedo seguir.

D.ª GOYA — Más valía que te dedicaras á meter en la cárcel á tu sobrinita, la que se escapó con el albañil. Y eso que era una santa... Anda, búscame las cosquillas otra vez. (Cantando.)

Espartero á Bilbao
tres veces atacó...

GAR. — ¡Yo voy á parar en el *Año Cristiano*!

PICH. — (Viene de la calle, por la puerta de la derecha, ajeno al rocíón que le aguarda.) Salud.

D.ª GOYA — (Al verlo.) El otro... ¿Trae usted algún recadito misterioso de las chulillas, no es verdad? Tan pirandón y tan marrano es usted como ese viejo verde.

PICH. — ¡Doña Goya!

D.ª GOYA — ¡Doña Cuerno! Así, así; no tengo pelos en la lengua. Y como vuelvas á esconderme el almirez...

PICH. — ¿Yo el almirez?

D.ª GOYA — Tú, sí, no te vale disimularlo. Y tú has sido también quien me ha quitado un capullo color de oro. Y quien se come el maiz de *Fernando VII*. ¡Ea, ya la solté! ¿Te hace falta otra banderilla? Pues escucha: en la antigüedad, á los de tu oficio, los echaban á galeras ó les daban azotes. ¡Jopo! (Se va por la puerta de la derecha con su almirez, dejando atónito á Pichardo.)

PICH. — Me ha dicho con todas sus letras que soy un al... al... Al tiempo. Esta vieja nos da un disgusto el día menos pensado. Le planta las verdades al lucero del alba.

GAR. — ¿Las verdades?

PICH. — Bueno, á su manera... Lo que ella cree...

GAR. — Te aseguro que ya no sé si mandarla á una casa de locos, ó si irme yo. (Pausa.) ¿Entregó usted esos documentos?

PICH. — Esta mañana.

GAR. — ¿Y qué le ha dicho á usted esa señora?

PICH. — Que haga usted por verla esta noche.

GAR. — Esta noche va á serme imposible. Escríbale usted cuatro letras diciéndole que la veré mañana.

PICH. Perfectamente. ¿Manda usted algo más?

GAR. Nada más.

PICH. Pues oye una noticia que va á alegrarte. A la portuguesita le ha salido un argentino con la mar de pesos.

GAR. Mira, ó te callas, ó te tiro por el balcón. ¡Pues á fe que está el horno para rosquillas! (Oyense dentro, hacia la izquierda, voces de altercado entre Alfredo y Genara.) ¿Eh?... ¿Qué es eso?... ¿Quién grita? ¿Qué pasa ahí? (Levantándose.) ¿A que me voy á trabajar á la Puerta del Sol para estar más tranquilo? (El altercado arrecia. Las voces se aproximan.)

PICH. Es Genara, que tiene unos repentes...

GAR. ¡Qué alboroto! (Llamando.) ¡Genara! ¡Genara!

GEN. (Dentro.) ¡Y ahora mismo lo echo todo á rodar!

GAR. ¡Genara!

GEN. ¡Lo que es de esta prójima no se ríe ningún sietemesino! (Sale por la puerta de la izquierda.)

ESCENA II

GARCÍA, PICHARDO y GENARA

GAR. ¿Me quiere usted decir qué escándalo es ese?

GEN. Don Pedro, esto me pasa á mí por buena, por considerá; por salir á mi madre, que no podía ver lástimas; por tener un corazón que no coge por la Puerta e Toledo. Pero comprenda usté que to se acaba, y antes que perder yo lo que he ganao con tanto trabajo, me oyen á mí hasta las piedras de la calle.

(Pichardo, apenas ve el rumbo que toma la conversación, quiere hacerse invisible.)

GAR. Bueno, bueno; tranquilícese usted y dígame: ¿qué es ello?

GEN. Ello es que á estas horas no está señalao su hijo de usté el menor, porque hoy es lunes, y yo me corto las uñas los lunes pa que no me duelan las muelas.

GAR. Che, che, che... poquito á poco.

GEN. ¿Cómo poquito á poco? Dé usté gracias á Dios, que toavía paece que respeto, y por estar hablando con usté escojo las palabras. ¿Usté sabe la partida serrana que me ha jugao el niño? ¡Vamos, hombre! De na me ha servío tratarlo como si fuera mismamente un hijo natural. «Genara, que no tengo pa tabaco.» Tome usté, señorito. «Genara, que me hacen falta cuellos rusos.» Tome usté, señorito. «Genara...»

GAR. Pero ¿mi hijo le ha pedido á usted...?

GEN. ¡Sí, señor!

GAR. ¡En el nombre del padre! (Llamando.) ¡Alfredo!

GEN. Aguarde usté, que aún no he hecho más que principiar. Lo bueno es lo que falta. Dos mil reales me debe, y ahora me sale con que él no hace memoria. ¡Y me niega la firma de los recibos!

GAR. (Paseándose agitado) ¡Jesús, Jesús!

GEN. Así es que yo, viendo que he visto que se porta de esa manera, he cogío el mantón de ocho puntas y me he plantao en el ministerio.

GAR. ¿En el ministerio?

GEN. Sí, señor: con los elétricos no hay distancias.

GAR. ¿Y para qué?

GEN. ¡Toma! ¡Pa retenerle la paga, ni más ni menos!

GAR. ¡Bien! ¡bien! ¡Admirable espectáculo! ¿De quién habrá aprendido ese mozo á pedirle dinero á la criada?

GEN. ¡A ver! ¡De toa la familia!

GAR. ¿De toda la familia?

GEN. Y de algunos amigos, que se quieren hacer los espetros.

GAR. ¿Cómo?

PICH. (Afrontando la situación) Si lo dice usted por mí, yo no le he pedido más que cuatro duros, á pagar un mes no y otro no, digo y otro sí, y me parece que hasta ahora voy cumpliendo.

GEN. Pero ¿quién se ha metido con usté, señor?

PICH. ¡Por si acaso!

GAR. ¿De manera que no es sólo Alfredito...?

GEN. ¿Qué ha de ser? La señora también me debe lo suyo. Y el señorito Momo. Y yo me hubiera callao toa la vida, pero el comportamiento del señorito Alfredo me ha ocecao. Porque usté comprenderá que yo no soy el Banco Hipotecario ni la Equitativa.

GAR. No, si ha hecho usted muy bien en decírmelo. Ahora me toca á mí. ¿Está ahí mi mujer?

GEN. No, señor; ha salido.

GAR. ¡Milagro!

GEN. Creo que ha ido á buscar casa.

GAR. ¿A buscar casa ella? ¡Si la buscara yo!

PICH. Pero ¿os vais á mudar otra vez?

GAR. ¡Por lo visto! ¡Ay, ay, ay! ¡En ocho meses tres mudanzas! Pichardo, amigo leal, coge un revólver y pégame un tiro en la cabeza. ¿Y el señorito Alfredo, está?

GEN. Ese sí.

GAR. Pues venga usted conmigo. Venga usted, venga usted... (Vase resueltamente por la puerta de la izquierda.)

GEN. Pocas veces he visto al señor tan sofocao.

PICH. ¡Razón tiene!

GEN. ¿Y yo no, verdá? ¡Nos ha fastidiao el don Pichardo este! (Vase tras García.)

ESCENA III

PICHARDO y MARÍA

PICH. (Descargando su cólera contra Genara.) Embustera, chulona, sacacuartos; que con lo que sisas aquí vas á hacer un hotel en la Castellana... Si yo dijese más de cuatro cositas que he visto... (Mirando hacia la puerta de la derecha.) ¡Ah! María. (Llamándola.) ¡María! ¡María! Haga usted el favor. Lo que va á alegrarse...

MARÍA (Saliendo.) ¿Qué hay, Pichardo?

PICH. ¿A dónde iba usted tan abatida, tan silenciosa?...

MARÍA. Huyendo de todos.

PICH. ¿Huvendo?

MARÍA. Sí. Unicamente con el tío Pedro puedo hablar. Desde que se escapó Daniela estoy condenada á sufrir los comentarios más soeces... Esa tía Goya... esa Filito...

PICH. ¡Mire usted Filito!... Las mujeres no perdonan nunca lo que otras hacen y ellas harían si se atrevieran. Yo entiendo un poco de esto. (Bajando la voz.) Ahora vengo de allá.

MARÍA. ¿De dónde?

PICH. Espere usted. (Mira receloso á ambas puertas.) Le temo á la vieja más que á un automóvil. De allá: de ver á Daniela.

MARÍA. ¿La ha visto usted?

PICH. La he visto. No se me cocía á mí el pan hasta saber, por investigaciones propias, dónde estaba depositada, qué camino había llevado el asunto, etc., etc. Crea usted que nada tienen que reprocharle sus dichosos primitos. Lo que ha hecho Daniela, está bien hecho.

MARÍA. Con todo, no lo ha debido hacer.

PICH. ¡Justo! No lo ha debido hacer, pero está bien hecho. Le advierto á usted que los parientes del novio en cuya casa está, son gente honrada, humilde, deliciosa. Los tiene encantados la chica.

MARÍA. ¿Y cómo está mi hermana?

PICH. Palidilla y con ojeras, que dice la copla. Se la ve que sufre. Su eterna cantinela es llevársela á usted en cuanto se case. A mí ya me han invitado á la boda.

MARÍA. ¿Irá usted?

PICH. ¡Antes falta el cura! Mi mujer dice que ando siempre metido en lo que no me importa—y tiene razón, generalmente; porque mi mujer es una mujer que generalmente tiene razón;—pero, ¡si viera usted qué de satisfacciones trae consigo el meterse en vidas ajenas!

MARÍA. Según sean las vidas. Las hay tales, que dará miedo conocerlas por dentro.

PICH. Y por fuera. No, si yo estoy conforme; pero

no puedo remediarlo. Me entra un hormiguillo... un desasosiego... ¡Si viera usted!... Y á propósito: usted que es tan observadora y tan lista, María: ¿qué ocurre en esta casa?

MARÍA (Disimulando.) ¿En esta casa? No sé que ocurra nada nuevo. ¿Por qué?

PICH. Mi tocayo hace unos días que es otro: ni café, ni tertulia, ni bromas, ni... Es otro, es otro. Habla solo por los rincones... se le van palabras incoherentes... Es otro.

MARÍA Mire usted no lo haga todo su hormiguillo...

PICH. ¡Ca! Aquí pasa algo; y algo de eso que no pasa todos los días. Tengo un olfato de podenco. Debe de ser cosa de Momo, que quería establecer una casa de juego combinada con una freiduría á la andaluza. ¿No?

MARÍA Es posible...

PICH. Y si no es de Momo es de Alfredo, que anda á ver si logra casarse con una señorita con mancha... pero que tiene un dineral. ¿No?

MARÍA También eso es posible...

PICH. Y si no es de Alfredo es de César, y si no es de Filito, y si no es de la vieja... ¡y si no es del diablo que me lleve! ¡Vaya! Estoy desesperado, María. ¡O me entero yo de lo que pasa aquí, ó dejo de llamarme Pichardo!

MARÍA Pero, hombre, ¡qué afán! ¿Y si no es nada?

PICH. Si no es nada... si no es nada, me llevo el chasco mayor de este mundo.

ESCENA IV

DICHOS y CÉSAR

(Llega César por la puerta de la derecha. Trae al brazo el gabán y el sombrero en la mano.)

CÉSAR Hola.

PICH. A la orden, don César.

CÉSAR ¿Y mi padre?

PICH. Aquí estaba conmigo. Pero no sé qué asun-

to doméstico... ¿Cuándo no es Páscua? ¿Quiere usted que le avise?

CÉS. No. Ya vendrá.

PICH. ¿A que va á ser cosa de usted?

CÉS. ¿Cómo?

PICH. Nada... nada... no sé lo que me digo... Estaba en otra parte. Voy á llamar á su papá.

CÉS. Pero si no me corre prisa, señor Pichardo.

PICH. De todos modos; tengo yo muchísimo gusto... (Se va corriendo por la puerta de la izquierda.)

ESCENA V

MARÍA y CÉSAR

MARÍA ¿Vienes de la calle?

CÉS. No: voy á ella. ¿Por qué? ¿Quieres algo?

MARÍA No; nada: saberlo.

(Pausa.)

CÉS. ¿Qué hacías aquí charlando con ese botarate? En tu genio, es raro.

MARÍA Huía de los demás. Al menos Pichardo, el infeliz, me trata con afecto, me considera...

CÉS. ¿Y los otros no?

MARÍA Los otros no.

CÉS. Más vale: eso ganas tú.

(Nueva pausa.)

MARÍA César.

CÉS. ¿Qué?

MARÍA Yo necesito hablar contigo.

CÉS. ¿De qué?

MARÍA De lo que te sucede.

CÉS. ¿De lo que me sucede?... Si á mí no me sucede nada, criatura...

MARÍA Sí.

CÉS. ¿Tú qué sabes?

MARÍA Todo. No sufras por ello contrariedad. Más corazón pongo yo en tus tristezas, que esos que se llaman tus hermanos.

CÉS. Pero ¿quién te ha dicho?...

MARÍA Tu padre.

CÉS. ¿Mi padre?

MARÍA Sí. Hace días que lo observo á él, que te ob-

servo á tí, y que comprendo la tribulación de los dos. Cuando esta mañana salió de tu cuarto, de hablar contigo, yo estaba acechando su salida... Lo ví afligido, trémulo, sin voluntad, sin fuerzas... nos vinimos aqui los dos, y aquí mismo, llorando como un niño, me confesó toda la verdad.

CÉS. ¡Qué vergüenza, María! ¿Por qué me has dicho que lo sabes? ¿Por qué no has callado?

MARÍA Porque me dolía tu soledad entre tu gente; porque quería llevar á tu alma palabras de consuelo...

CÉS. Eres muy buena y muy generosa, pero yo te aseguro que no he sentido en el rostro toda la vergüenza de mi culpa, hasta ahora que tú me dices que la conoces. Déjame solo: te lo suplico No me mires siquiera.

MARÍA Ahora me iré, sí: cuando venga tu padre. ¿Vas á aceptar la solución que él te ha propuesto?

CÉS. ¿Tú sabes lo que me ha propuesto?

MARÍA No.

CÉS. Si lo supieras no me habrías hecho esa pregunta. Mi padre es tan bueno que no acierta á llegar al mal sino por el camino del bien. (Pausa.) María.

MARÍA ¿Qué quieres?

CÉS. A pesar de mi gran vergüenza, á pesar de que no puedo resistir tus ojos, voy sintiendo que entra en mi alma el consuelo de tu compasión... Ven acá: yo quiero preguntarte una cosa.

MARÍA Habla, César, habla: mi corazón está sediento de oirte.

CÉS. ¿Verdad que no abandonarás nunca á mi padre; que vivirás siempre con él y aliviarás sus penas con tu cariño? ¿Verdad que sí?

MARÍA Siempre, César. Pero, dime, ¿es que tú?.. ¿Qué piensas hacer tú?...

CÉS. María, á tí ya puedo confiártelo: mi único recurso es huir.

MARÍA (Conmovida.) ¿Qué dices?

CÉS. Huir: no hay otro. Huir es salvarme. Mi li-

bertad vale todavía más que mi culpa. Huir es escapar á la venganza, al ultraje, al escarnio de la misma gente que me ha hecho caer. Tendré otro nombre, conoceré otro mundo... donde puede que alguien me quiera.

MARÍA ¿Y aquí nadie te quiere, ingrato?

CÉS. Es verdad. Me quiere mi padre, me consuelas tú... No estoy tan solo como me hace pensar mi amargura.

MARÍA No estás tan solo, no.

CÉS. ¡Qué desesperación cuando no me encuentre! ¡Qué dolor el suyo!

MARÍA ¿El suyo nada más?

CÉS. Nada más: los otros... los otros de mi casa, de mi familia, lejos de sentirlo celebrarán no volverme á ver.

MARÍA (Conteniendo el llanto.) No volverte á ver...

CÉS. Por eso te pido que no abandones á mi padre. (Se miran.) ¡Pero qué egoísta soy! Por no llevar este remordimiento, pretendo esclavizarte á tí.

MARÍA No es esclavitud, César.

CÉS. ¿No ha de serlo? Ahora, bien está; puedo admitir que no lo sea: pero rodará el tiempo, vendrá un hombre digno de tí, te dirá que te quiere por buena, por hermosa, tratará de llevarte consigo... y entonces... entonces... (María rompe á llorar, cubriéndose el rostro con las manos. César, sorprendido y turbado, se aparta mirándola.) ¿Qué? ¿Lloras?... María...

MARÍA Déjame.

CÉS. ¿Qué? (Comprendiendo.) ¡Ah!... ¡Necio de mí que hasta ahora no he sabido verlo! María; María...

MARÍA Déjame, César. Ahora soy yo quien te pide á tí que me dejes.

CÉS. ¿Por qué ha querido Dios que yo sepa esto en tan tremenda crisis de mi vida?

MARÍA Perdóname, César; perdóname si lo que yo pensaba ahogar en mi silencio, ha salido á mis ojos y sube ahora á mis labios. Mi sentimiento ha sido más fuerte que yo. Perdóname.

CÉS. María, te juro que esta revelación me desconcierta, me aturde, me llena de dolor... Yo no he sentido nunca impresión más honda, mayor tristeza, pena más grande de mí mismo. Podía creer en tu piedad, en tu lástima... pero jamás en otra cosa. ¿Cómo no me desprecias? ¿Cómo no me rechazas?

MARÍA ¿Por qué?

CÉS. Por lo que hice... por lo que soy.

MARÍA Si no hubiera perdón en el mundo, yo lo inventaría para tí.

CÉS. Por Dios, María...

MARÍA Silencio.

CÉS. ¿Quién?

MARÍA Debe de ser tu padre.

CÉS. Mi padre, sí... Silencio, silencio...

(Procuran serenarse los dos. Después de una breve pausa, dice María:)

MARÍA No es tu padre: es Pichardo.

ESCENA VI

DICHOS y PICHARDO

PICH. (Saliendo por donde se fué.) Ahora viene el papá.

CÉS. ¿Cómo?

PICH. Que ahora viene el papá.

CÉS. Ah, vamos.

PICH. ¡Dios mío, la que hay armada en el comedor! ¿Usted ha llorado, Mariquita?

MARÍA ¿Yo?

PICH. Serán mis ojos. (Se queda mirando á César y hace un gesto.)

MARÍA Bueno, César, puesto que tienes que hablar con tu padre... hasta luego.

CÉS. Hasta luego, María.

MARÍA ¿Te veremos esta noche ó te meterás en tu celda, como de costumbre?

CÉS. No, no; pasaré la noche con vosotros.

MARÍA ¿De veras?

CÉS. De veras.

(Vase María por la puerta de la derecha. Pichardo repite el mismo gesto que hizo antes.)

ESCENA VII

CÉSAR y PICHARDO; luego GARCÍA

PICH. Qué interesante, ¿eh?... y qué cariñosa, ¿eh?... y qué... ¿eh?

CÉS. ¿Eh?

(Pausa. Pasean en opuesta dirección.)

PICH. Parece que ha templado el tiempo...

CÉS. Sí...

PICH. Como le he visto á usted con el gabán...

CÉS. Sí...

(Nueva pausa.)

PICH. (Tarareando una polca.) ¿De dónde es esto?... ¿De dónde es esto, hombre?

CÉS. Será la única cosa que usted no sepa en este mundo.

PICH. No, señor, no. Desgraciadamente no es la única.

GAR. (Sale por la puerta de la izquierda sin ver á Pichardo, y la cierra tras sí.) ¡Ay, César, gracias á Dios que estoy contigo!... ¡Qué casa! ¡qué familia!... Esto rinde. Pero, en fin, vamos á lo nuestro. Cerraré esa puerta también, no se cuele Pichardo.

PICH. (Atónito.) ¿Eh?

GAR. (Sorprendido.) ¡Ah! ¿estabas ahí?

PICH. ¡Claro! Perico, á un lado bromas, tienes que convencerte de que cuatro ojos ven más que dos. Y un deber de amistad me ordena á mí tomar cartas en este asunto. (Va á la puerta y la cierra.) Dices muy bien en lo que dices: tu casa es un infierno. ¿Echo la llave?

GAR. La voy á echar yo.

PICH. No te molestes, bobo.

GAR. No; si digo que la voy á echar yo cuando tú te vayas. Que va á ser ahora mismo.

PICH. ¿De manera que huelgo?

GAR. En absoluto. Mi hijo y yo tenemos que hablar, y no veo la necesidad de que tú te enteres. Cien veces te lo he dicho: tú eres el alma y la vida de todo aquello superficial,

agradable, ligero... En cuanto asoma algo de interés, te esfumas, te borras... No existes.

PICH. ¿Con que no existo, eh? Ya me llamarás. Hasta luego. ¿Eh?

GAR. Nada.

PICH. ¡Ah! (Vase muy digno por la puerta de la derecha.)

ESCENA VIII

GARCÍA y CÉSAR. FILITO

CÉS. Es de lo más entrometido y fastidioso...

GAR. (Cerrando con llave la puerta por donde Pichardo se ha ido.) Sólo yo lo puedo aguantar.—Con que, vamos á cuentas, hijo.

CÉS. Vamos á cuentas. Dime.

GAR. ¿Terminaste con esa mujer?

CÉS. Del todo.

GAR. ¿No me engañas?

CÉS. Con nadie más que contigo hablo la verdad.

GAR. ¿Duele la amputación?

CÉS. Duele: pero ya pasará. Duele por ella... y por lo neciamente que he empleado algunos años de mi vida. ¡Quién había de decirme que el final de esta aventura iba á ser mi deshonra!

GAR. Cualquiera que conociese el principio. Sírvate de lección, y adelante. Sólo el dolor enseña.

FIL. (Llamando á la puerta de la derecha con los nudillos.) ¿Hay alguien aquí?

GAR. Sí; yo. ¿Qué se te ofrece?

FIL. Abre.

GAR. No puedo ahora. Déjame.

FIL. Si es que tengo que hablar con Polín, que está en la calle esperando que salga.

GAR. Pues que aguarde Polín.

FIL. ¡Claro! ¡Como tú no sufres el plantón á pie firme!

GAR. Así crecerá.

FIL. ¡Ay! ¡Esto de que no pueda una hacer en su casa lo que le dé la gana!... (Retírase.)

GAR. Es verdaderamente lamentable, hija mía.

CÉS. ¿Qué Polín es ese, papá?

GAR. ¡Qué sé yo! Será el novio de hoy.

CÉS ¿Pero no lo conoces tú?

GAR. ¿Crees tú que es fácil conocer á todos los novios de tu hermana? (Suspira.) Volvamos á lo nuestro.

CÉS. Oye una pregunta que quiero hacerte, y que siempre se me va de la cabeza: ¿sabe mamá esto mío?

GAR. Sí. Como á tus hermanos, la llamé á capítulo un momento, y se lo dije. Era mi deber.

CÉS. ¿Y qué se le ocurrió?

GAR. No sé; no recuerdo. Ello fué cosa de encender velas... No me pareció muy seguro, ¿sabes? Por eso resolví no hacer caso de nadie, y salvarte yo solo.

CÉS. ¡Qué tristeza!

(Pausa breve.)

GAR. ¿Has pensado en lo que te propuse esta mañana?

CÉS. Sí. Y cuanto más lo pienso más firme estoy en no aceptarlo.

GAR. ¿Por qué?

CÉS. Lo que tú quieres es salvar mi nombre manchando tu conciencia.

GAR. Pero ¿no te he dicho que no hay peligro alguno? Se trata del capital de una señora que lo ha puesto en mis manos para que se lo administre y especule con él. Ya sabes mi buen nombre y mi crédito... Ni en sueños puede sospechar. Y si me ayuda la fortuna, á la vuelta de dos ó tres años habré repuesto yo con creces la cantidad que ahora nos hace falta.

CÉS. Es que no quiero que hagas por mí lo que sin mi culpa jamás te habría pasado por el pensamiento.

GAR. Considera que para mí es una alegría muy grande este sacrificio... Ya que carezco de todas las del mundo, ¿por qué no me das esta?

CÉS. Porque las alegrías, si no tienen el fondo muy claro, son tristezas pronto. Compréndelo tú. ¿Para qué insistes?

GAR. César, hijo mío; no eches por tierra mi solución... Es la única. Acéptala con los ojos cerrados y déjame á mí. Tú empiezas, y yo estoy acabando. Casi deseo acabar del todo. Tu vida puede enderezarse aún: la mía camina torcida á su triste final.

CÉS. Nunca, nunca. Tu abnegación pretende llevarme á una indignidad mucho mayor que la que he cometido.

GAR. Eso no.

CÉS. Eso sí. Caiga sobre mí solo el peso de mi culpa: yo lo sacudiré. Su expiación me hará hombre, si merezco serlo; y si no lo merezco, ¿para qué te voy á arrastrar conmigo?

GAR. Por Dios, César: reflexiona que yo lo miro desde arriba; desde lo alto de mis años y de mi vida amarga y estéril. Déjame acabarla con un capítulo romántico, qne harto prosaica y triste ha sido toda ella. Aunque no me llamen más el pobre García, el bueno de García, no te importe: el bueno de García, el pobre García quiere sacrificarse esta vez por el único de sus hijos que, andando el tiempo, puede ser capaz de decirle: «Descansa, que harto trabajaste.»

CÉS. Calla, calla.

GAR. ¿No ves claro que hay un fondo de egoismo en lo que deseo?

CÉS. ¡Egoismo en tí!... Te suplico que no me hables más; que me dejes...

GAR. Te dejo, sí... Para que vuelvas á pensar en ello. Mira que la solución de tu conflicto es mi vida. Adiós. Piénsalo, piénsalo... por tí, por mí... por... Si yo te dijera...

CES. ¿Qué?

GAR. Nada, nada: no quiero confundirte más... Hasta luego, César.

CÉS. Hasta luego. (Se abrazan en silencio, y César se va por la puerta de la derecha.)

ESCENA IX

GARCÍA; luego, sucesivamente, FILITO, PICHARDO, MOMO y ALFREDO

GAR. (Sombrío, reflexivo.) ¡Lo pierdo también!... ¡Esto acaba mi vida!... ¿Qué importa? Para lo que vale... para lo que sirve... (Déjase caer con gran abatimiento en la butaca.)

(Sale Filito por la puerta de la derecha con un abrigo puesto y corre á asomarse á un balcón, cerrando tras sí las vidrieras. García, durante esta escena, los mira á todos con honda amargura.)

FIL ¡Gracias á Dios que abrieron! No se cansan ustedes de hablar tonterías. ¡Pobre Polín! Estará tiritando.

(Llega Pichardo por la puerta de la derecha y al observar la actitud de García se le acerca y le habla en tono confidencial.)

PICH. ¿Qué es eso, Perico? ¿Qué ha sucedido entre vosotros? (García lo mira.) Acabo de ver a á tu hijo, descompuesto, lloroso. Yo necesito una explicación. Yo soy aquí algo más que el amigo superficial y entretenido que toma café y puro de sobremesa.

GAR. Pero ¿tú qué es lo que pretendes?

PICH. ¡Enterarme!

GAR. ¿De qué?

PICH. ¡Hombre, de algo! ¡Si estoy á ciegas! ¡si no sé por donde van los tiros! .. ¿Y he de ver con indiferencia que llega esta crisis, y se me desdeña, y se me excluye, y se me da con la puerta de la ingratitud en las narices de la amistad?

GAR. (Harto ya del sermón.) Mira, tocayo, acaso tengas razón sobrada; pero yo te ruego que te calles.

PICH. ¿Cómo?

GAR. Que te calles.

PICH. ¿Te molesto, quizás?

GAR. Sin duda.

PICH. ¿Por el timbre duro de mi voz ó por las ideas?

GAR. Por todo ello junto.

PICH. Dispénsame. No está en mi natural importunar á nadie. Con tu permiso voy á escribir aquí esa carta. (Al ir á sentarse á la mesa repara en Filito, y corre á observarla desde el otro balcón.) ¡Oiga! ¿Qué hace Filito? Parece que está cazando moscas. ¡Anda! ¡si es que habla con el novio! Pues este es nuevo. ¡Qué chico es! ¡Y qué metido en su gabán está el hombre! (Se sienta á escribir.)

(Sale Momo por la puerta de la izquierda, canturreando. Se encamina al aparato del teléfono y toca el timbre para pedir comunicación.)

MOMO Hola, Pichardo insigne. Hola, don Pedro. ¿Escribimos alguna cartita de amores?

PICH. ¡Qué más quisiera el gato!... Eso se queda para ustedes los pollos...

(Suena el timbre del teléfono.)

MOMO ¿Central? ¿Central? Catorce ochenta y nueve.

PICH. ¡Ah! ¡Catorce ochenta y nueve! ¡Buen peine está usted!

MOMO ¿Y eso?

PICH. ¿No es una cochera de lujo?

MOMO No, señor.

PICH. ¡Carambo! ¡pues me he trascordado! Entonces es la fábrica del gas.

MOMO Hombre, ¿á usted qué le importa?

(Vuelve á sonar el timbre.)

PICH. No... nada... pero yo apostaría...

MOMO Calle usted ahora; haga el favor.

PICH. (Apuntándolo para verlo luego.) Catorce ochenta y nueve.

MOMO (Hablando por el aparato.) ¿Con quién hablo? ¿Quién está ahí?

PICH. Esa pregunta la han debido hacer en la otra parte.

MOMO ¿Se quiere usted callar?—Sí; soy yo; Momo. —¿Una copa de Blázquez? Venga, venga.— Sí; de eso quería tratar contigo.—Bueno.— Sí.—Sí.—Corriente. ¡Ja, ja, ja!

PICH. (Contagiado de pura curiosidad.) ¡Ja, ja, ja!

(Momo lo mira y él disimula escribiendo.)

MOMO Pero ¿estais ahí todos?—¿De manera que ha habido empalme?—¿Y esas, también están

ahí?—Que se ponga Matilde al aparato.—Sí.—Sí.—Descuida.

PICH. Me carga oir hablar por teléfono; porque... porque como no se oye más que á uno...

MOMO ¡Hola! ¡buena pieza!—Regular.—Ya sé que anoche hubo de todo.—Sí.—¡Ya lo creo! Espérate y verás...

PICH. ¡Je! Ahora comprendo algo.

MOMO Como quieras.—En Fornos á las dos.—¡Ja, ja, ja!

PICH. (Como antes.) ¡Ja, ja, ja!

MOMO Adiós, fiera. Escúchame un secreto.—¿Que no? Tú te lo pierdes.

PICH. Se la ha oído reir.

MOMO Hasta luego. (Deja el aparato.)

PICH. Toque usted el timbre, para indicar que ha concluído.

MOMO Es verdad. (Lo hace.) Está usted en todo.

PICH. En todo.

MOMO Lo sabe usted todo.

PICH. Todo.

MOMO El día que sepa usted cuándo debe marcharse de un sitio para no estorbar, tendremos un hombre completo.

PICH. ¡Je!

MOMO Deme usted un cigarro.

PICH. Acabo de fumarme el último.

MOMO Sí. Como siempre. Hasta después, don Pedro. Amigo Pichardo: voy á cenar esta noche con una chata, que si la viera usted, se le ponían de á cuarta los dientes postizos.

PICH. ¡Je! Los postizos... (Vase Momo por la puerta de la derecha, canturreando, como llegó. Pichardo se levanta y se dirige al aparato del teléfono. A mitad de camino lo estremece un golpe que da García con el puño cerrado en un brazo de la butaca.) ¿Eh?

GAR. ¡He sentido ganas de ahogarlo!

PICH. ¿Cómo?

GAR. No hablaba contigo.

PICH. Creí... (Buscando en el libro de teléfonos el número de marras.) Catorce ochenta y nueve... ¡Ah!... Es que me lo estaba figurando. ¡Qué punto! ¿Pero cómo no sabía yo que han puesto teléfono?

(Sale Alfredo por la puerta de la izquierda y se encierra con él.)

ALF. Diga usted, Pichardo.

PICH. ¿Qué hay, Alfredito?

ALF. ¿Qué fué lo que le dijo á usted el sastre?

PICH. ¿El sastre? Pues me dijo que por ser cosa mía, tendría usted el frac á las siete y media.

ALF. (Consultando el reloj.) ¿A las siete y media, verdad?

PICH. ¿Y á dónde se va tan de tiros largos?

ALF. Al Español.

PICH. ¿Qué obra dan esta noche?

ALF. No sé: me es lo mismo. Yo en la sala no estoy más que los entreactos. En cuanto empieza la representación me salgo al vestíbulo. (A García.) ¿Qué miras?

GAR. Nada.

ALF Ah, vamos. (Se marcha por donde salió, silbando.)

(Retírase Filito del balcón y lo cierra de golpe demostrando gran indignación.)

FIL. ¡Se acabó lo que se daba, hijo mío! (Levanta un visillo, y con extraordinaria vehemencia hace señales negativas)

PICH. ¿Qué es eso? ¿Estamos de monos?

FIL. (Apartándose del balcón y soltando la carcajada.) ¡Pobrecillo Polín! ¡Lo hago sudar tinta!

PICH Pero ¿qué ha sido?

FIL. Nada; ganas de divertirme yo. Asómese usted. Mire usted cómo se pasea; mire usted cómo se tira del sitio del bigote.

PICH. ¡Ja, ja, ja!

FIL. Dentro de cinco minutos tengo aquí una carta chorreando almibar. (Se va riéndose por la puerta de la derecha.)

PICH. Cosas de muchachas... Vaya, no molesto más... Ya me voy. Ah, la carta. (Coge de la mesa la que ha escrito.) ¿De quién es esta caja de fósforos? ¿Es la mía? No. (Se la guarda.) ¡Bueno! (Acercándose á García.) Pues... Perico, yo me voy á cenar. Volveré á la noche.

GAR. Muchas gracias.

PICH. Sin gracias. Ya sabes que en las penas como en las alegrías, soy siempre tuyo.

GAR. Ya lo sé. Te repito las gracias.

PICH. Sin gracias, hombre. Es un deber... un gusto... Tú estás preocupado... Pero, en fin... Buenas tardes... ¿Eh? Ah, no... nada... Buenas tardes. (Se va por la puerta de la derecha.)

ESCENA X

GARCÍA; después MARÍA

GAR. ¡Jesús!... ¡Jesús!.. No acabo nunca de descubrir horrores en mi casa... Me ven crucificado, rendido, muerto de dolor, y parece que se complacen en arrojarme al rostro su indiferencia criminal, su bárbaro egoísmo... ¿Y esta es mi casa? ¿Y mis hijos son esos?... ¡Jesús, Dios mío!... (Pausa.)

MARÍA (Dentro, con angustia.) ¡Tío Pedro!

GAR. ¿Quién?

MARÍA (Saliendo por la puerta de la izquierda, desencajada, llena de estupor y de pena. En la mano trae una carta.) ¡Tío Pedro!

GAR. ¿Qué tienes?

MARÍA César...

GAR. ¿Qué?

MARÍA ¡César ha huído!

GAR. ¿Qué dices? ¡No es verdad!

MARÍA Sí es verdad, sí... Llamé á su cuarto... no me respondía... temí... entré... En su mesa estaba esta carta...

GAR. ¿Esa carta?... Pero no, no es posible... ¡César! ¡hijo mío! ¡César! (Vase atribulado por la puerta de la izquierda.)

MARÍA Que no es posible dice... Sí, sí es posible, tío Pedro.. ¡Lo que no es posible es vivir sin verlo siquiera!... Aquí se despide de mí... la carta es para mí... para mí... ¿Por qué se va si yo lo quiero? ¿Por qué lo dejan ir los suyos? ¿Por qué manda el odio en la tierra, pudiendo mandar el amor?

(Sale García por la puerta de la derecha.)

GAR. No está, no está... Sus hermanos no saben.. se encogen de hombros... A ver esa carta, esa carta... ¿Qué dice esa carta?

MARÍA — (Leyendo entre lágrimas.) «María, perdóname... No tengo valor para decirle adiós á mi padre, ni para decírtelo á tí... He estado ciego, ciego... he sido un loco... ¡Cuántas cosas comprendo ahora!... Olvídame... Merezco tu lástima, tu indiferencia ó tu desprecio: tu cariño no. Olvídame... Me asusta que tu vida me pertenezca .. Déjame solo rodar por el mundo como ruedan las hojas... Acaso algún día volveré... Te juro que pensaba perderme en la vida huyendo de mí mismo, y que ahora va entrando en mi alma el anhelo de volver aquí... Tal vez las sacudidas de este gran dolor que de aquí me arroja, revuelvan mi ser y me purifiquen... Entonces volveré... Cuando puedas mirarme tú sin que yo me avergüence... cuando pueda decirle á mi padre: «Pobre viejo, que quisiste hacer una casa y se te volvió un nido de víboras, descansa, que bien lo mereces»... Adiós, María. No dejes á mi padre. Adiós, otra vez... No veo lo que escribo... Olvídame... olvídame... Adiós. .»

GAR. — (Llorando con desesperación.) ¡Un nido de víboras, es cierto: un nido de víboras!

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, FILITO, MOMO y ALFREDO

FIL. — (Por la puerta de la derecha.) Ahí está mamá.

GAR. — ¿Eh?

FIL. — Viene contentísima.

GAR. — ¿Qué dices?

FIL. — Ha encontrado casa: tenemos casa.

GAR. — (Rugiendo de dolor.) ¡No: no tenemos casa: dile que no tenemos casa! ¡Tenemos un sitio donde vivir juntos, para vivir separados, para odiarnos más, para despreciarnos más, para ver día por día y hora por hora toda la lepra moral que llevamos dentro!

FIL. — (Asombrada.) Papá...

MARÍA — Tío Pedro, por Dios...

GAR. ¡No tenemos casa! ¡La casa de García, de este desventurado García, se hundió, cayó en ruinas para siempre!

(Sale Momo á los gritos por la puerta de la izquierda. A poco sale Alfredo.)

MOMO ¿Qué es eso?

GAR. ¡Huyó el que quedaba, le dejásteis ir, le empujásteis vosotros mismos á la deshonra, á la desesperación, quizás á la muerte!... ¿Os sorprende verme como no me habéis visto nunca, verdad? ¡Es que estoy ciego de dolor y de rabia! ¡Quitaos de delante de mí! ¡Marchaos á donde yo no os vea más, lejos, muy lejos... y dejadme á mi solo! ¡solo!...

MARÍA Solo no, tío Pedro.

GAR. Es verdad, hija mía; que me quedas tú. El que se fué lleva en su tristeza infinita la ilusión de que alguna vez yo descanse; la ilusión de tu cariño puro... Esperémosle juntos, María: pero solos, ¡solos! ¡Sin esos!

(Abraza á María, alejándola del grupo que forman los tres hermanos, los cuales comentan entre sí la que se figuran locura de su padre.)

FIN

Madrid, Marzo, 1904.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Esgrima y amor, juguete cómico. (2.ª edición.)
Belén, 12, principal, juguete cómico.
Gilito, juguete cómico-lírico. Música del maestro Osuna. (2.ª edición
La media naranja, juguete cómico. (2.ª edición.)
El tío de la flauta, juguete cómico. (2.ª edición.)
El ojito derecho, entremés. (3.ª edición.)
La reja, comedia en un acto. (4.ª edición.)
La buena sombra, sainete en tres cuadros, con música del maestro Brull. (6.ª edición.)
El peregrino, zarzuela cómica en un acto. Música del maestro Gómez Zarzuela.
La vida íntima, comedia en dos actos. (3.ª edición.)
Los borrachos, sainete en cuatro cuadros, con música del maestro Giménez. (2.ª edición.)
El chiquillo, entremés. (5.ª edición.)
Las casas de cartón, juguete cómico.
El traje de luces, sainete en tres cuadros, con música de los maestros Caballero y Hermoso.
El patio, comedia en dos actos. (3.ª edición.)
El motete, pasillo con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)
El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.
Los Galeotes, comedia en cuatro actos. (3.ª edición.)
La pena, drama en dos cuadros. (2.ª edición.)
La azotea, comedia en un acto.
El género ínfimo, pasillo con música de los maestros Valverde (hijo) y Barrera.
El nido, comedia en dos actos. (2.ª edición.)
Las flores, comedia en tres actos.
Los piropos, entremés.
El flechazo, entremés.
El amor en el teatro, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo.
Abanicos y panderetas ó ¡A Sevilla en el botijo! humorada satírica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.
La dicha ajena, comedia en tres actos y un prólogo.
Pepita Reyes, comedia en dos actos.
Los meritorios, pasillo.

La zahorí, entremés.
La reina mora, sainete en tres cuadros, con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)
Zaragatas, sainete en dos cuadros.
La zagala, comedia en cuatro actos.
La casa de García, comedia en tres actos.
La contrata, apropósito.
El amor que pasa, comedia en dos actos.
El mal de amores, sainete con música del maestro José Serrano.
El nuevo servidor, humorada.
Mañana de sol, paso de comedia.
Fea y con gracia, pasillo con música del maestro Turina.
La aventura de los galeotes, adaptación escénica de un capítulo del *Quijote*.
La musa loca, comedia en tres actos.
La pitanza, entremés.
El amor en solfa, capricho literario en cuatro cuadros y un pró logo, con música de los maestros Chapí y Serrano.
Los chorros del oro, entremés.
Morritos, entremés.

Precio: DOS pesetas


SIGILLVM VNIVERSITAT · CAROL · SEPTENT
LVX
LIBERTAS